Anna Kavan
El descenso

Traducción de Ainize Salaberri

Esta colección de relatos, mayoritariamente interrelacionados y en gran parte autobiográficos, dibujan el camino descendente de la narradora desde el inicio de la neurosis hasta la prisión final en una clínica suiza. El retrato de la paranoia, de la persecución por parte de un enemigo o de una fuerza innombrada, recuerdan a *El proceso* de Kafka, escritor con el que a menudo se ha comparado a Kavan. Su estilo contenido y profundamente personal, sin embargo, aparecen lejos de ningún modelo. Y los personajes recurrentes —el inútil asesor de la protagonista, el amigo/amante que la abandona en la clínica o el surtido de engañosos compañeros— se nos muestran sin deje alguno de rabia, autocompasión o sentimentalismo.

Anna Kavan

El descenso

ePub r1.0
Titivillus 29-10-2023

Título original: *Asylum Piece*
Anna Kavan, 1940
Traducción: Ainize Salaberri

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

LA MARCA DE NACIMIENTO

Cuando yo tenía catorce años, la enfermedad de mi padre le obligó a irse al extranjero durante un año. Decidieron que mi madre debía acompañarlo, nuestra casa familiar se cerró temporalmente y me enviaron a un internado en el campo.

En ese colegio conocí a una chica llamada H. Uso a propósito la palabra «conocer» en vez de «hacer migas con» porque, aunque estuve sumamente pendiente de ella durante todo el tiempo que permanecí allí, entre nosotras no surgió una amistad como tal.

H. me llamó la atención desde el primer día que pasé allí, a la hora de la cena. Estaba sentada junto a otra chica a la larga mesa y, en ese ambiente ruidoso tan diferente del entorno cerrado e íntimo en el que se había desarrollado toda mi vida hasta aquel instante, me sentía extraña, hundida y un poco nostálgica. Observé los rostros jóvenes de mis aún desconocidas compañeras, algunas de las cuales se convertirían en amigas y otras en enemigas. Una cara, de entre todas, atrapó mi mirada con una atracción absorbente.

H. estaba sentada al otro lado de la mesa, prácticamente frente a mí. Su pelo rubio destacaba entre tantas cabezas castañas. Era una noche de otoño neblinosa y fría, y la estancia no estaba muy bien iluminada. Tuve la impresión de que toda la luz que había en el comedor se había arracimado a su alrededor, reviviendo y renovándose a medida que jugaba con su cabello dorado. Creo, echando la vista atrás, que debía de ser preciosa; sin embargo, la imagen detallada de ella me es esquiva; solo puedo recordar la impresión que me causó su rostro extraordinario, ni feliz ni melancólico, pero dotado de una cualidad particular de aislamiento, la mirada de alguien decidido a aceptar su destino. Quizá estas frases parezcan fuera de lugar en relación con una niña del colegio que apenas era unos meses mayor que yo; y, por supuesto, en

aquellos tiempos no pensé en ella de esa manera. Es la impresión acumulada, más que la momentánea, la que quiero expresar. En aquel momento solo vi a una chica rubia, un poco mayor que yo, que, percatándose de que la miraba y captando el inevitable pensamiento de que posiblemente necesitaba valor, me sonrió desde el otro lado de la mesa.

Me acuerdo de que volví a mirarla con cierta envidia. Me pareció que ella debía de poseer todo aquello de lo que yo, como recién llegada, carecía: éxito, popularidad, un lugar propio en aquel mundo escolar. Más tarde descubrí que no era así en absoluto. Una singular presencia parecía ensombrecer todas las actividades de H. Pude observar esa sombra, tan difícil de describir con palabras, siendo, de algún modo, el complemento de su extraño resplandor exterior.

¿Cómo puedo verbalizar la desconocida sensación de invalidación que la acompañaba? Aunque no era impopular, no tenía amigos íntimos; y aunque estaba en los primeros puestos tanto de capacitación académica como de deporte, siempre había algún suceso inevitable y accidental que le negaba el éxito supremo. Parecía aceptar ese destino sin cuestionárselo; casi, diría alguno, sin ser consciente de él. Nunca la escuché quejarse de la mala suerte que tan sistemáticamente le arrebataba todos los premios.

Y, aun así, ni era indiferente ni ajena, desde luego.

Recuerdo con bastante claridad un acontecimiento, hacia el final de mi estancia en el colegio. En uno de los pasillos había un tablero de madera en el que, entre otros varios avisos, colgaba un gran trozo de papel donde figuraban nuestros nombres y las notas que cada una de nosotras había recibido cada semana. H. estaba de pie frente a la lista, completamente sola, mirándola con una expresión que no entendí, una expresión de resentimiento, no de arrepentimiento pero, o eso me pareció, sí de resignación combinada con pavor. Al ver aquel ademán en su rostro me sobrevino una oleada de compasión apasionada e inexplicable; una emoción tan profunda, tan aparentemente injustificada por las circunstancias, que me sorprendió sentir que mis ojos se llenaban de lágrimas.

«Deja que te ayude… Hagamos algo», me escuché implorándole, expresándome con cierta dificultad, como si mi propio destino

estuviese en juego.

En vez de contestarme, H. se subió una de las mangas y silenciosamente señaló una mancha en la parte superior del brazo. Era una marca de nacimiento, un trazo leve, como si la tinta se hubiese descolorido, que a primera vista parecía no ser más que una pequeña red de venas bajo la piel. Pero cuando la examiné más de cerca vi que se parecía más a un medallón, un diseño en miniatura, un círculo hecho con puntas afiladas que albergaban una forma pequeña, muy suave y tierna, quizá una rosa.

«¿Has visto algo así en alguna otra parte?», me preguntó; y se me pasó por la cabeza que ella esperaba que yo tuviese una marca similar.

Cuando negué con la cabeza, ¿fue decepción, vergüenza o desespero lo que apareció en su rostro? Solo sé que se marchó a toda velocidad del pasillo y que pareció evitarme durante el resto del tiempo que estuve en el colegio; nunca más volvimos a estar a solas.

Los años pasaron y, aunque no supe nada de H., nunca llegué a olvidarla realmente. Cada cierto tiempo, una o dos veces al año, cuando iba en tren, cuando esperaba una cita o cuando me vestía por las mañanas, regresaba su recuerdo junto a una incomodidad peculiar, una especie de malestar espiritual, que desterraba lo más rápido posible.

Un verano en el que estaba viajando por un país extranjero, y debido a un cambio en el horario de la compañía ferroviaria, me vi obligada a hacer transbordo en una pequeña ciudad junto a un lago. Como tenía tres horas de espera por delante, salí de la estación y me lancé a las calles. Era una tarde de agosto muy calurosa y sofocante; sobre las grandes montañas hervían unas amenazantes nubes de tormenta. En un primer momento consideré ir hasta el lago en busca de frescor, pero me hizo desistir alguna cualidad funesta de aquella sábana de agua estancada del color de la lava, y decidí, en cambio, visitar el castillo, que era la atracción principal de aquel lugar.

Aquella vieja fortaleza se había construido en el punto más alto de la ciudad y se veía claramente desde la plaza que había frente a la estación. Me pareció que solo debía subir por alguna de aquellas calles empinadas que conducían en aquella dirección para alcanzar

el castillo en poco tiempo. Pero mis ojos debieron engañarme en lo que a la distancia se refiere, porque terminó siendo un paseo bastante largo. Llegué a las grandes verjas tachonadas tan acalorada, cansada e incomprensiblemente deprimida que casi decidí no entrar, pero en ese momento un grupo de turistas estaba accediendo al interior y dejé que el guía me convenciera para unirme a ellos.

En la estación me habían dicho que el edificio funcionaba entonces como museo, por lo que me sorprendió ver a soldados armados, de pie, montando guardia en el patio. El guía, respondiendo a mi pregunta, me contó que una parte del castillo aún se utilizaba como prisión para algún tipo de criminales. Intenté averiguar más, puesto que nunca había oído hablar de esas prisiones especiales; el guía me escuchó con educación pero se abstuvo de contestarme. Los otros turistas parecieron rechazar mi curiosidad. Me rendí y me callé. Nos encaminamos todos en tropel hacia la gran entrada y observamos las paredes oscuras de piedra esculpidas en un relieve inquietante.

Cada vez que pasábamos de una habitación sombría a otra deseaba, cada vez más, no haberme embarcado en aquella expedición. Las losas de piedra agotaron mis pies y las paredes amenazadoras y las pesadas puertas enrejadas me deprimieron el espíritu; sin embargo, me pareció que era imposible volver atrás, que no permitirían que nadie, hasta que el guía no nos condujese al exterior de nuevo, abandonara el recinto.

Estábamos examinando una exposición de armas medievales cuando percibí una pequeña puerta medio escondida tras una armadura. Ahora no podría decir si lo que provocó que me situara detrás de la pesada loriga del caballero y tirara de la manilla fue una provocación, una repentina necesidad de aire fresco o simplemente una curiosidad frívola. La puerta, para mi sorpresa, no estaba cerrada con llave. Se abrió con bastante facilidad y crucé al otro lado. Los otros, absortos en la charla del guía, no me prestaron atención.

Me encontré entonces en un espacio cercado y enlosado, demasiado pequeño como para denominarse «jardín», abierto al cielo pero tan bloqueado por muros, que más bien parecían despeñaderos, que la luz del sol no llegaba y el aire, lívido, se

percibía estancado y opresivo. Puesto que aquello no me gustó mucho más que el interior del castillo, estuve a punto de volver a la tediosa visita que acababa de abandonar cuando algo me hizo mirar al suelo. Estaba de pie frente a lo que tomé por una reja baja, un respiradero probablemente, que me llegaba hasta la pantorrilla. Mirando con más atención vi que se trataba más bien de una ventana baja y enrejada que daba a alguna celda subterránea. Lo que llamó mi atención fue un movimiento tras las verjas. Me arrodillé y observé entre la maleza que había crecido en los huecos de entre las grandes losas.

Al principio no pude ver nada; podía estar observando una habitación oscura. Pero poco tiempo después mis ojos penetraron la oscuridad y, bajo la verja, pude entrever una especie de camastro con una silueta envuelta y tumbada sobre ella. No estaba segura de si quien estaba allí era un hombre o una mujer, cubierto como si estuviera en un féretro, pero creí distinguir un brillo deslustrado de pelo rubio e, inmediatamente, un brazo, no mucho más grueso que un hueso, se elevó débilmente, como tanteando hacia la luz. ¿Fue mi imaginación o realmente vi, en aquella carne casi transparente, una mancha leve, circular y dentada que albergaba la forma de una rosa?

No espero que el horror de aquel momento me abandone nunca. Abrí la boca pero durante unos segundos no fui capaz de generar ningún sonido. Justo en el momento en el que estaba a punto de hablar con la prisionera, aparecieron los soldados y me sacaron rápidamente de allí. Me hablaron brusca y amenazadoramente, empujándome y torciéndome los brazos mientras me arrastraban hasta la presencia del oficial superior. Me ordenaron entregar mi pasaporte. De forma entrecortada, en un idioma extranjero, comencé a estructurar una pregunta sobre lo que había visto. Pero después observé los revólveres, las porras de goma, las desalmadas y estúpidas caras de los jóvenes soldados y al inaccesible oficial con su guerrera abrochada; pensé en los gigantescos muros, en las rejas, y me faltó coraje. Después de todo, una extranjera insignificante, y además mujer, ¿qué esperaba poder hacer contra una fuerza tan aterradora y poderosamente establecida? Y ¿cómo podía ayudar a la prisionera si yo misma me convertía en una?

Al final, tras muchas preguntas, me dejaron marchar. Dos

guardias me escoltaron a la estación y se quedaron en el andén hasta que el tren me llevó lejos. ¿Qué más podría haber hecho? Aquella celda subterránea estaba muy oscura; solo podía rezar y esperar que mis ojos me hubiesen engañado.

ASCENDIENDO AL MUNDO

En las calles bajas cercanas al río en las que vivo hay niebla todo el invierno. Cuando me acuesto por la noche hace tanto frío que la almohada me congela la mejilla. Durante mucho tiempo he estado sola, aterida y deprimida. Hace meses que no veo el sol. De repente, una mañana, todo se me hace intolerable. Parece que no puedo soportar más tiempo el frío, la soledad, la niebla eterna —no, ni siquiera una hora más— y decido visitar a mis patronos y pedirles ayuda. Es una decisión desesperada pero una vez tomada me siento llena de optimismo. Quizá me engaño deliberadamente con falsas esperanzas mientras me pongo mi mejor vestido y me maquillo.

En el último momento recuerdo, justo cuando estoy a punto de salir, que debo llevar un regalo. No tengo dinero con el que comprar un presente digno de personas tan importantes; ¿hay algo en casa que podría utilizar? Corro inquieta de una habitación a otra, como esperando descubrir algún objeto valioso, cuya existencia he obviado durante todo el tiempo que he vivido aquí. No hay nada adecuado, por supuesto. Me llaman la atención unas manzanas que hay en la balda de la cocina, porque incluso bajo esa sombría luz asoman como mejillas amarillas y rojas. Cojo apresuradamente un paño y pulo cuatro de las manzanas más amarillas hasta que brillan. Después forro una cesta pequeña con papel, pongo las manzanas dentro y me marcho. Me digo a mí misma, de camino, que la fruta más simple puede complacer los paladares de aquellos que se han acostumbrado demasiado al sabor de los melocotones y las uvas de invernadero.

Al poco tiempo me encuentro en un ascensor que me eleva hacia los cielos. Un sirviente varón con calcetines blancos y bombachos morados me hace pasar a una magnífica estancia. Aquí una está por encima de la niebla; al otro lado de las ventanas brilla el sol,

cubierto por una red de velos suaves, aunque no importa si no lo hace porque la estancia está llena con la luz artificial de las luces indirectas. El suelo está cubierto por una moqueta más mullida que el musgo, hay sillas y grandes sotas tapizados con delicados brocados, preciosas flores dispuestas en jarrones, algunos de los cuales tienen forma de conchas y otros, de urnas antiguas.

Mis patronos no están y yo no tengo prisa por verlos. Estoy contenta solo por el hecho de estar en esta habitación cálida, donde el aire está impregnado de la fragancia del sol y de las flores, en la que una tan solo espera ver volar mariposas velozmente de un lado para otro. Después de la oscuridad neblinosa a la que me he acostumbrado, es como transportarse al verano, al paraíso.

Mi patrón ha llegado pronto. Es alto y está de buen ver, tal y como debe serlo un hombre tan importante. Todo en su apariencia es perfecto: sus zapatos brillan como castañas, su camisa es de las mejores sedas, lleva un clavel en el ojal y en el bolsillo del pecho, un pañuelo con el monograma bordado por santas mujeres. Me saluda con una cortesía encantadora y nos sentamos para hablar durante un rato sobre temas generales. Se dirige a mí como a su igual. Empiezo a sentirme exultante ante tan prometedor comienzo. Seguro que todo va a salir como espero.

Se abre la puerta y mi patrona hace su entrada. Ambos nos levantamos para saludarla. Va vestida de terciopelo azul y en su sombrero hay un pequeño pájaro posado, vivido y extraño como una joya. Las perlas decoran su cuello y los diamantes, sus manos suaves. Me habla con una alegría forzada, sonriendo con los labios apretados, que no se abren fácilmente. Con timidez, le ofrezco mi humilde presente, que acepta con cortesía y con el que después se muestra indiferente. Mis ánimos, de algún modo, disminuyen. Volvemos a sentarnos en nuestros asientos almohadillados y durante unos minutos seguimos manteniendo una conversación educada. Se produce una pausa. Me doy cuenta de que los preliminares se han terminado y que ha llegado el momento de exponerles el objeto de mi visita.

«¡Me muero de frío y de soledad allí abajo, en la niebla!», exclamo con una voz que tartamudea de tan urgente que suena; «por favor, sean amables conmigo.

Permítanme compartir un poco de su luz y calidez. No les

causaré ningún problema».

Mis acompañantes se miran el uno a la otra. Entre ellos se cruzan una mirada de lo más elocuente. No entiendo lo que significa esa mirada pero me hace sentir incómoda. Parece que ya han considerado mi petición y que han llegado a un entendimiento mutuo.

Mi patrón se reclina en su silla y junta la punta de sus largos dedos. Sus gemelos brillan, su pelo resplandece como la seda.

«Debemos tratar esta cuestión de forma objetiva», comienza. Su voz tiene un tono razonable e imparcial y recupero un poco de esperanza. Pero a medida que continúa hablando me doy cuenta de que ese toque de consideración, que me ha impresionado tan positivamente, no es más que una parte de su perfecta apariencia y que no debo confiar en él más de lo que confiaría en la flor de su ojal. De hecho, no es de fiar.

«No crea que la estoy acusando», dice, «o que estoy actuando como juez, pero debe admitir que su conducta respecto a nosotros en el pasado dista mucho de ser satisfactoria».

Vuelve a mirar a mi p at roña, que asiente. El pájaro de su sombrero parece guiñarme un ojo; ambos son brillantes y ciegos.

«Sí», dice ella, «su mal comportamiento nos ha causado mucha tristeza y ansiedad. Nunca nos ha consultado en absoluto sino que ha hecho lo que ha querido obstinadamente. Solo cuando tiene un problema viene a pedirnos que cuidemos de usted».

«Pero no entienden», lloro, y me avergüenzo de sentir las lágrimas en mis ojos. «Esta vez es cuestión de vida o muerte. Por favor, no utilicen ahora mi pasado en mi contra; perdónenme si les he ofendido; pero ustedes lo tienen todo y pueden permitirse ser generosos. No puede costarles mucho. Pero, oh, ¡si ustedes supieran lo que anhelo vivir bajo la luz del sol de nuevo!»

Mientras hablo se me cae el alma a los pies. Estoy hundida en la desesperanza porque presiento que ninguno de mis oyentes es capaz de comprender mi petición. Dudo incluso de si me están escuchando. No saben cómo es la niebla; para ellos no es más que una palabra. No saben lo que significa estar triste y sola en una habitación fría en la que el sol no brilla nunca.

«No es nuestra intención ser duros con usted», subraya mi patrón, cruzando las piernas. «Nadie podrá decir nunca que no la

hemos tratado con paciencia y contención. Haremos lo que esté en nuestras manos para olvidar y perdonar. Pero usted, por su parte, debe prometernos empezar una nueva vida, dejar atrás el pasado y abandonar para siempre sus actitudes rebeldes».

Continúa hablando aunque en ese momento soy yo la que no le escucha. He oído lo suficiente como para que me invada una decepción desesperada. Es inútil que siga intentando acercarme a personas que son totalmente inaccesibles y que no sienten la menor simpatía hacia mí. Prácticamente en mi último suspiro apelo a su misericordia, pero todo lo que ellos pueden encontrar en sus vacíos corazones es un sermón. Suspiro y me desabrocho el abrigo, que nadie me ha invitado a quitarme, y en el que me encuentro incómodamente acalorada en ese momento. Mis ojos echan un triste vistazo a la bonita estancia, a la atmósfera dorada y floral en la que las mariposas deben de estar flotando. A través de una capa de lágrimas atisbo mis manzanas amarillas, apartadas en un rincón detrás de una enorme caja de bombones de licor. Me arrepiento, porque las he traído para que sean indignamente abandonadas. A lo mejor el aparcacoches o la sirvienta les darán un mordisco antes de tirarlas a la basura.

«Debe marcharse con la firme intención de cumplir con su deber para con nosotros», está diciendo mi patrón. «Debe hacer todo lo posible para eliminar viejas y malas impresiones. Debe demostrar, por encima de todo, su gratitud hacia su patrona, ganarse su perdón y demostrarle que es digna de su generosidad».

«¿Y dónde se supone que voy a encontrar un poco de calidez en todo esto?», grito desesperadamente. Menudo sonido tan incongruente tienen las palabras entre estas tranquilas paredes, y de qué manera las molestas flores parecen sacudir sus cabezas con desdén.

Sé que he echado a perder mi última oportunidad. No tiene sentido esperar más, por lo que me pongo en pie y abandono la estancia. Enseguida el ascensor baja en picado conmigo, devolviéndome a las frías y neblinosas calles a las que pertenezco.

EL ENEMIGO

En algún lugar del mundo tengo un enemigo implacable, aunque no conozco su nombre. Tampoco sé qué aspecto tiene. De hecho, si entrara en este mismo instante en mi habitación, mientras estoy escribiendo, seguiría sin reconocerlo. Durante mucho tiempo creí que algún instinto me avisaría si nos encontrásemos cara a cara; pero ya no lo creo así. A lo mejor es un desconocido, pero quizá lo más probable es que sea alguien a quien conozca bastante bien, puede que alguien a quien vea todos los días. Porque si no es una persona de mi círculo más inmediato, ¿cómo es posible que tenga información tan detallada de mis movimientos? Me resulta prácticamente imposible tomar ninguna decisión —incluso sobre un tema tan insignificante como visitar o no a un amigo por la noche— sin que mi enemigo se entere y sin que este tome medidas para asegurarse mi turbación. Y, por supuesto, también está bien informado sobre cuestiones más importantes.

El hecho de no saber absolutamente nada sobre él hace que mi vida sea intolerable, lo que me hace sospechar de todo el mundo por igual. No hay, literalmente, ni una sola alma en la que pueda confiar.

A medida que pasan los días me estoy preocupando cada vez más de este maldito problema; de hecho, se ha convertido en una obsesión para mí. Cada vez que hablo con alguien me descubro escudriñándolo con absoluta atención, buscando cualquier signo que delate al traidor que está decidido a hundirme. No puedo concentrarme en mi trabajo porque siempre estoy debatiendo en mi cabeza la cuestión de la identidad de mi enemigo y el motivo de su odio. ¿Qué he podido hacer para originar semejante e incansable persecución? Reviso una y otra vez mi vida pasada sin dar con ninguna pista. Pero quizá todo se originara sin que yo hiciera nada,

sino simplemente debido a una serie de circunstancias fortuitas que desconozco por completo. Puede que sea víctima de algún tejemaneje político, religioso o financiero: una trama inmensa y sombría, cuyas ramificaciones son tan oscuras como para mostrarse ante los no iniciados como una cuestión bastante irrazonable que requiere de, por ejemplo, algo tan aparentemente absurdo como la destrucción de todos los pelirrojos o de todos aquellos que tienen un lunar en la pierna izquierda.

Por culpa de esa persecución mi vida privada está prácticamente arruinada. Mis amigos y mi familia se han alejado, mi trabajo creativo está en un punto muerto, mi actitud se ha vuelto nerviosa, sombría e irritable, me he tornado insegura e incluso mi voz es ya dubitativa y confusa.

Supondrás que mi enemigo tendrá piedad de mí; que, contemplando el lamentable y gravísimo estado al que me ha reducido, se contentará con su venganza y me dejará en paz. Pero no, sé perfectamente que nunca se rendirá. Hasta que no me haya destruido por completo no se sentirá satisfecho. Es el principio del fin; durante las últimas semanas he recibido innegables indicaciones de que está empezando a interponer falsas acusaciones contra mí a las autoridades. No pasará mucho tiempo hasta que vengan a buscarme. Cuando vengan a por mí será probablemente de noche. No habrá revólveres ni esposas; todo transcurrirá de forma tranquila y ordenada, con dos o tres hombres de uniforme o con chaquetas blancas, y uno de ellos llevará una jeringuilla hipodérmica. Así ocurrirá conmigo. Sé que estoy condenada y no voy a luchar contra mi destino. Solamente estoy escribiéndolo para que, cuando no me veas más, sepas que el enemigo, finalmente, ha triunfado.

UN CAMBIO DE ESTADO

Cuando has vivido durante siete años en la misma casa es probable que pasen algunas cosas extrañas. Por supuesto, no estoy hablando de quienes han vivido toda su vida en una casa, que quizá heredaron de sus padres o de sus abuelos o incluso de ancestros más remotos: doy por hecho que a ellos se les aplica un sistema de leyes completamente diferente. Pero cuando alguien como yo, nómada por naturaleza, a través de una serie de circunstancias accidentales, siente apego por una construcción en concreto, las consecuencias pueden ser muy sorprendentes.

Pertenezco a una familia de trotamundos. Nunca hemos sido terratenientes; de hecho, siempre hemos evitado acumular posesiones que tienden a limitar el poder moverse libremente alrededor del mundo. Así que la posibilidad de convertirme en propietaria de una casa dio lugar a una considerable serie de conversaciones entre nosotros.

Todos mis familiares me recomendaron vender la propiedad. ¡Ojalá hubiese seguido su consejo! Pero en aquel momento era inexplicablemente reacia a alejarme de aquel lugar. Recuerdo que mi tío Lucius, que odia los grandes desplazamientos, hizo un largo y complicado viaje a través del país —y, además, con el amargo clima de la Navidad— para verme y discutir el asunto conmigo. Y recuerdo que rechacé todas sus razonables propuestas con argumentos en los que incluso entonces solo creía a medias, aduciendo que la casa era demasiado pequeña como para volverse molesta, y que si la vendía e invertía las ganancias el ingreso resultaría algo insignificante.

¿Por qué fui tan obstinada? Esa es la pregunta que me he hecho cientos de veces, sin obtener respuesta. ¿Fue una especie de masoquismo, un deseo íntimo de autocastigo, que me mantuvo en

una línea de conducta que, desde el principio y en el fondo, sabía que solo podía terminar en desastre?

No era que el lugar fuese especialmente atractivo. Es una casa que no tiene un diseño arquitectónico definido, es mitad vieja y mitad nueva. Las líneas de la parte nueva son rectas y se leen fácilmente como una simple suma aritmética; la parte vieja es complicada, oblicua, está llena de ángulos inestables, con un tejado que se curva como la espalda de un caballo agotado, y que está emborronada con parches escabrosos de liquen. Paradójicamente, la parte vieja se ha añadido hace poco. Cuando vine a vivir aquí era una casa completamente nueva —es decir, no llevaba en pie más de diez o quince años—. Ahora, al menos la mitad de ella debió de haberse construido muchos siglos atrás. Es la parte vieja la que ha crecido durante mi estancia, a la que más temo y de la que más desconfío.

La casa nueva, que yace como pacíficamente acurrucada en un día soleado, parece un inofensivo animal gris que comería de tu mano; por la noche, la casa vieja abre sus pétreos ojos internos y me observa con una hostilidad que apenas resulta soportable. Las viejas paredes se cubren con cortinas transparentes de odio. Como un depredador, la casa me tiende una emboscada, a mí, a la víctima que ya se ha tragado, a la intrusa que se halla dentro de su antigua estructura de piedra.

Sabe, mientras se enrosca a mi cuerpo, que no puedo escapar. Estoy cautiva en su propio entramado, soy como un gusano pequeño, un parásito al que el anfitrión da cobijo no del todo a regañadientes. Aún no ha llegado el momento de expulsarme. La casa me alimentará durante unos cuantos meses o años más en sus frías entrañas, antes de arrojarme como la comida regurgitada de un búho a los abismos del espacio infinito, a través de los cuales mi pellejo y mis huesos rotos caerán por siempre jamás.

A veces incluso estallo en carcajadas cuando, a la luz del día, me devuelve su nuevo rostro. ¿Por qué este apego infantil a un engaño que no engaña a nadie? ¿Acaso no es suficiente que la casa me haya herido con sus odiosas vísceras —que pronto me arrojarán como un vómito, cual estiércol— como para que también intente engañarme con sus artimañas?

Quizá no perciba ni un simple destello del pasado durante

muchos días seguidos. Puede que solo el gris animal domesticado se presente ante mí y parezca que se ha hecho una bola que está a punto de ronronear como un gato. Todo parece fácil y legítimo; pero no se me puede tomar el pelo tan fácilmente. Observo, estoy alerta, me giro de improviso para descubrir lo que está a mis espaldas. Y tarde o temprano, con total seguridad, más allá de lo inocuo, allí está la vieja cabeza siseando como una vieja víbora, cargada de una antigua, astuta e innombrable malicia; está aguardando su momento.

LOS PÁJAROS

Si una adivina hubiese predicho todos los reveses que iba a sufrir este invierno, me habría reído descaradamente ante tamaño catálogo de vilezas. Y aun así, de hecho, resultaría casi imposible exagerar el número de infortunios que me han sucedido a lo largo de los últimos meses. ¡Y todo debido a las actividades ocultas de un enemigo secreto cuyo mismísimo nombre desconozco! ¿Puede haber algo más descorazonados más cruelmente injusto? Estoy a punto de echarme a llorar ante el mero pensamiento de una injusticia tan sin sentido. Pero, por supuesto, no es bueno lamentarse o quejarse o protestar por aquello a lo que nadie presta atención, y que hasta donde yo sé puede incluso, en el peor de los casos, ser utilizado en mi contra.

Una de las peores características de todo el asunto es esta atmósfera oscurantista. Si al menos supiera de qué y quién me acusa, cuándo, dónde y en base a qué leyes seré juzgada, me sería posible preparar la defensa de forma organizada y enfrentarme a las cosas con una actitud sensata. Pero, de esta forma, no escucho más que rumores contradictorios, todo está oculto y es incierto, proclive a cambiar con o sin previo aviso.

¿Cómo es posible no perder la esperanza ante tales circunstancias? Los días pasan lentamente sin que salga a la luz nada más significativo que unos cuantos susurros contrapuestos o, quizá, alguna equívoca e incomprensible comunicación oficial, que seré incapaz de descifrar; no desesperarse es extremadamente complicado. Me reducen a una posición de inactividad, de espera pasiva, de suspenso desquiciante, sin más alivio al fin que una visita casual al tutor oficial que tengo asignado, un encuentro que, probablemente, me lanzará por igual tanto al abatimiento más absoluto como a mantenerme a flote con efímeras esperanzas.

Y a pesar de todo esto se supone que debo seguir como si nada con mi propia existencia; trabajar, cumplir con las obligaciones sociales y familiares aparentando que la antesala de mi vida es aún perfectamente normal: eso es lo más difícil de soportar. Naturalmente, me he vuelto nerviosa, irritable y despistada; mis amigos han comenzado a evitarme, mi trabajo se resiente y mi salud comienza a desplomarse. He perdido el sueño, se ha vuelto cada vez más difícil que me interese alguna conversación, los libros, la música, las obras de teatro, comer y beber, hacer el amor, incluso mi apariencia personal. Básicamente me he desconectado de la realidad; estoy sola en un mundo donde no tengo nada más que hacer que esperar, día tras día, un destino que solo puedo intuir pero que, en cualquier caso, apenas será más tolerable que la incertidumbre anterior.

Este es el estado de irrealidad en el que he permanecido sumida. Quizá no haya durado tanto, puede que no haya sido más de un mes; en esta lamentable condición he perdido la noción del tiempo, además de todo lo demás. Parece que han pasado años desde la última vez que pude concentrarme en mi trabajo; y, aun así, me veo obligada a pasarme ante mi escritorio las mismas horas todos los días.

¿Qué hago conmigo misma durante esas interminables horas que en su momento solían transcurrir tan rápidamente? Mi estudio tiene vistas al jardín, un pequeño espacio verde con tres árboles: un nogal, un cerezo y un tercer árbol bastante larguirucho, una variedad de *prunus*, del que no sé el nombre correcto, aunque alguien me dijo una vez que era un ciruelo siberiano. Cuando la vida se pone en tu contra tiendes a buscar una especie de tímido consuelo en las cosas más simples, y no me avergüenza admitir que mi más reciente ocupación principal, y prácticamente mi único placer, ha estado ligada a los pájaros que, durante el invierno, frecuentan esta pequeña y cercada porción de tierra. Me he dedicado últimamente a lanzar de vez en cuando un puñado de semillas al jardín, así como trozos de pan y otras sobras de comida que ya no me apetecían. Durante todo enero el clima ha sido excesivamente gélido —no puedo evitar pensar que hay algún tipo de conexión entre el frío implacable y mi propio sufrimiento— y ha habido nieve casi de manera ininterrumpida, algo que no recuerdo

haber visto en inviernos pasados. Debido a estas condiciones atmosféricas tan severas, un número inusual de pequeños pájaros se ha congregado en el jardín: carboneros comunes, herrerillos, carboneros garrapinos, carboneros palustres, mitos, verderones y pinzones vulgares, así como, por supuesto, petirrojos, estorninos, mirlos, túrdidos y muchísimas golondrinas.

El ser humano puede soportar la depresión hasta cierto punto; cuando se alcanza el nivel de saturación es necesario que encuentre en su entorno, si es que desea seguir viviendo, algún elemento de placer, sin importar lo humilde que este sea ni en qué grado lo haga. En mi caso, estos insignificantes pájaros, con sus tenues colores, me han proporcionado suficiente distracción como para resguardarme de la desesperación absoluta. Me encuentro cada día pasando más y más tiempo frente a la ventana observando sus vuelos, sus trifulcas, sus revoloteos veloces, sus diminutas enemistades y alianzas. Curiosamente, solo cuando estoy de pie frente a la ventana es cuando me siento segura. Mientras los observo tengo la sensación de que soy igualmente inmune a los ataques de la vida. La absoluta indiferencia hacia la humanidad de estas criaturas salvajes deja cierto amparo a mi alcance. Donde todo lo demás es peligroso, hostil y proclive a infligir dolor, ellos, por sí solos, no pueden hacerme ningún daño porque, probablemente, ni siquiera sepan de mi existencia. Los pájaros son mi refugio y mi esparcimiento.

Hace unos días estaba de pie, como siempre, frente a la ventana, con las manos apoyadas en el ancho alféizar. Era media mañana y debería haber estado trabajando, pero superada por un estado de abatimiento particularmente desesperado había abandonado incluso la pretensión de intentar concentrarme. Te preguntarás quizá por qué no recuerdo qué día de la semana era: solo puedo responder que para mí todos los días son tan similares que no logro diferenciar unos de otros. Recuerdo que había bastante niebla, que las ramas de los árboles estaban inmóviles excepto cuando el liviano peso de un pájaro las agitaba temporalmente, y que la nieve, a medio cuajar, caída ya desde hacía demasiado tiempo, aunque no estaba realmente sucia, había adquirido un aspecto mortecino y sin brillo, muy fastidioso a la vista.

La mujer que cuida de mí entró en la habitación con algún

mensaje o pregunta trivial a la que respondí sin girarme siquiera. Es un alma cándida que me ha servido muy bien durante muchos años, pero en las últimas semanas una sensibilidad macabra ha hecho que me resulte cada vez más difícil mirarle a la cara. ¿Conoce o desconoce la maldición que pesa sobre mí? A veces creo que no sabe nada; pero, seguramente, pese a lo poco observadora que es, ha debido de percibir un cambio en mí. Y a veces tengo la sensación de que se complica la vida para proporcionarme en las comidas pequeñas exquisiteces, que prepara mi sustento con un cuidado especial, como intentando tentarme para que coma; me gusta entrever en su anciano rostro una expresión que bien podría ser de pena.

En esta ocasión, sobre la que estoy escribiendo, evité su mirada y continué observando el jardín; me sentía demasiado abatida, incluso para mantener ante ella una apariencia de laboriosidad. Y, de repente, mi mirada perdida, que deambulaba por entre la sofocante, descolorida escena, se vio profundamente cautivada y fascinada, incrédula y presa de un hechizo, por una aparición tan radiante, tan inesperada, que fue como si dos diminutos meteoritos llameantes hubiesen atravesado de repente la aburrida atmósfera. Me resulta imposible describir adecuadamente la intensidad de aquellos dos pequeños pájaros mientras se posaban en las escasas ramitas del *primus* en la penumbra triste y neblinosa de aquel día de invierno. No fueron solo sus vistosas plumas sino también sus movimientos, sus aleteos livianos, tan leves como las piruetas de unos bailarines extremadamente delicados, los que crearon una sensación de flotabilidad sobrenatural, de vivacidad dichosa, características propias de visitantes de un mundo más alegre.

Los contemplé asombrada, creyéndome víctima de una alucinación, y aguardé el instante en el que los pájaros desapareciesen y dejasen el jardín tan sombrío como antes. Pero se quedaron, aunque no se acercaron a la comida que había lanzado por la ventana ni se relacionaron con otros pájaros —que en ese momento parecían tan anodinos y poco inspirados—, sino que se mantuvieron en las desordenadas y desnudas ramas del *prunus*, agitando a veces sus alas como en una picara danza de plumas, comportándose en algunos momentos con una dignidad mímica, como cadetes de la escuela de escuderos.

Hechizada por las vistas, estaba a punto de hacer un comentario elogioso en voz alta cuando algo me hizo mirar de soslayo a la sirvienta, que aún estaba de pie detrás de mí. Aunque ella también miraba al exterior, al jardín, el rostro de la buena mujer no expresaba ningún interés particular, y me pareció obvio que no había visto a los dos brillantes pájaros que estaban causándome tamaña emoción.

¿Qué conclusión iba yo a sacar de todo ello? Parecía increíble que alguien no pudiese ver aquellos dos destellos de color, más sorprendentes que unas joyas en aquel trasfondo gris de enero. No, solo podía dar por hecho que yo era la única que podía ver los pájaros. Es a esa conclusión a la que me he agarrado desde entonces puesto que mis etéreos visitantes no me han abandonado. Es verdad que desaparecen durante muchos momentos del día pero siempre vuelven al cabo de unas horas, para que cuando levante la vista del papel me sienta repentinamente renacida ante la simple visión de su luminosidad incongruente en mitad de esa deprimente escena. ¿Es una buena señal? Casi puedo convencerme de que lo es; de que es un presagio que me ha sido concedido como haciéndome saber que mis problemas están a punto de terminarse y que las cosas, por fin, van a cambiar para bien.

¿O estoy siendo simplemente supersticiosa, como un jugador sin suerte que prevé su destino en la caída de una patata e incluso en algunas señales de los patrones del papel pintado?

REVELANDO UNA INJUSTICIA

Ayer fui a ver a mi tutor oficial. Lo he visitado bastante a menudo durante los últimos tres meses, a pesar de lo inconveniente que me resulta y del coste que me suponen estos encuentros. Cuando tus asuntos se encuentran en un estado tan desesperado como el mío, te ves obligada a echar mano de cualquier ayuda y este hombre, D., ha sido mi última esperanza. Ha sido mi única fuente de consejos y socorro, la única persona con la que podía hablar de mis problemas: de hecho, la única persona con la que podía conversar abiertamente sobre la situación intolerable a la que me he visto relegada. Con todos los demás he tenido que ser reservada y desconfiada, obligándome a recordar el lema de que «el silencio es el amigo que nunca te traiciona». Porque, ¿cómo puedo saber si la persona con la que estoy hablando no es acaso un enemigo o si está en contacto con mis acusadores o con aquellos que, en última instancia, decidirán mi destino?

Incluso con D. me he mantenido siempre en guardia. Hubo desde el principio días en los que había algo que me advertía de que no era del todo fiable; en otras ocasiones, sin embargo, era él mismo quien me insuflaba confianza. ¿Qué iba a ser de mí si me privaban incluso de su apoyo por muy insatisfactorio que este fuese? No, no podía realmente hacer frente al futuro totalmente sola y por lo tanto, por mi propio bien, no *debía* desconfiar de él.

Desde el principio deposité en él la confianza suficiente. Sabía que pese a ser aún joven, estaba muy cerca de alcanzar la cima en su profesión. Me consideré afortunada de haber sido puesta a su cargo, a pesar del largo viaje que me separaba de él; en aquellos primeros días no pude prever que tendría que visitarlo con tanta frecuencia. Al principio, me impresionó muy positivamente la sólida casa de campo en la que me recibía, y la estancia, con cortinas de

terciopelo color oporto, cómodos sillones y, en apariencia, valiosos tapices.

Sin embargo, no las tenía todas conmigo respecto al hombre en sí. Siempre he creído que las personas que comparten unas características físicas similares encajan en grupos psicológicos comparables, y él pertenecía a un tipo que siempre me había resultado antipático. De cualquier modo, no había ninguna duda sobre su habilidad; estaba excelentemente cualificado para hacerse cargo de mi caso y, puesto que solo iba a reunirme con él de tanto en tanto —y en un entorno profesional y no personal—, el hecho de que no nos cayésemos en gracia parecía un detalle nimio. Lo principal era que él debía dedicar a mis problemas el tiempo suficiente y que debía estudiar mis intereses con seriedad; y parecía que estaba bastante preparado para hacerlo.

No fue hasta más tarde, cuando las cosas fueron de mal en peor y me vi obligada a consultarle a intervalos cada vez más cortos, cuando comencé a sospechar de su buena voluntad hacia mí.

En nuestros primeros encuentros me trató siempre con una consideración extrema, incluso con deferencia, escuchando todo lo que tenía que decir con la mayor de las atenciones, e impresionándome con la importancia que le concedía a mi caso. Fue esta primerísima actitud —tan gratificante en un principio— la que despertó mis primeras y ligeras sospechas, por muy irracional que pueda sonar. Si él realmente cuidaba de mis intereses tan profundamente como afirmaba, ¿por qué le parecía tan necesario actuar de un modo casi conciliatorio, que sugería que estaba intentando desviar mi atención de algún tipo de negligencia por su parte, o bien que las cosas no estaban progresando tan favorablemente como él aseguraba? Aun así, como ya he dicho anteriormente, él tenía un truco para inspirar confianza y con unas cuantas frases alentadoras y convincentes era capaz de disipar todas mis dudas y endebles miedos.

Pero, inmediatamente, mi mente inquieta se vio invadida por otro motivo por el que sospechar. Desde que me presentaron a D. he sido consciente de que había algo en su cara —aquellas cejas tan oscuras que acentuaban sus ojos hundidos, a los que nunca miré lo suficiente ni directamente como para determinar su color, aunque siempre di por hecho que eran de un marrón oscuro— que me

resultaba vagamente familiar. Mis pensamientos, de tanto en tanto, se abstraían buscando aquella imagen que apenas recordaba y con la que nunca conseguía dar del todo. Sin prestarle nunca demasiada atención al asunto, creo que finalmente decidí que D. debía de recordarme algún retrato que había visto hacía tiempo en una galería, en el extranjero muy probablemente, puesto que su semblante era, sin duda, de otro país, y contenía el curioso equilibrio de sensualidad latente e intelectualidad dominante que tanto puede apreciarse en algunas de las obras de El Greco. Y entonces, un día, repentinamente, justo cuando estaba saliendo de su casa, la memoria, que durante tanto tiempo me había evitado, impactó con virulencia contra mí como si hubiese chocado contra un viandante. D. no me recordaba a ningún retrato antiguo que hubiese visto sino a una fotografía de prensa, una que había observado hacía relativamente poco, una imagen incluida en un boletín ilustrado que sin duda aún estaba en alguna parte de mi salón.

Tan pronto como llegué a casa comencé a buscar entre los periódicos que, en mi absorto estado de ánimo, había dejado que se acumulasen en una pila desordenada. No tardé mucho en encontrar lo que estaba buscando. El rostro del joven asesino, que me miraba amenazante desde el papel, era sin lugar a dudas el mismo rostro con cejas oscuras que, hacía poco, había tenido frente a mí en el escondite privado de su preciosa habitación.

Me pregunto por qué ese parecido accidental me impresionó tanto. Es posible que un hombre tenga una apariencia exterior similar a la de un asesino en concreto sin que posea tendencia violenta alguna; o si la posee, lo cual es más probable, que tenga control suficiente para mantenerla a raya. Solo hay que pensar en el puesto de responsabilidad de D., observar su rostro controlado, sereno e inteligente, para darse cuenta de la naturaleza fantástica de la comparación. La completa secuencia de ideas es absolutamente grotesca, totalmente ilógica. Y, aun así, ahí está: no me la puedo quitar de la cabeza.

Además hay que recordar que el hombre de la fotografía no era un asesino al uso sino un fanático, un hombre de convicciones extraordinariamente fuertes, que mataba no por beneficio personal sino por principios, por lo que él consideraba que era lo correcto.

¿Es este un argumento a favor o en contra de D.? A veces pienso una cosa y otras veces, otra: me siento bastante incapaz de decidir.

A consecuencia de estos prejuicios —y, por supuesto, había otros que me llevaría mucho tiempo describir aquí— decidí poner mi caso en manos de otro tutor. Se trataba de un paso serio, que no se podía tomar a la ligera y, antes de enviar la solicitud, invertí una gran cantidad de tiempo en darle vueltas al asunto. Incluso después de haber enviado la carta no terminaba de sentirme del todo segura de haber hecho lo correcto. Ciertamente, había oído hablar de gente que había cambiado de tutor, no una sino varias veces, y también de algunos que parecían pasarse el tiempo yendo de uno a otro, pero siempre había sentido desprecio por ellos, por su inestabilidad, y la sensación general de la gente era que los casos de tales individuos terminarían mal. Aun así, teniendo todo esto en cuenta sentí que, en lo que a mí respectaba, las circunstancias excepcionales justificaban el cambio. Cuando redacté la solicitud tuve especial cuidado en evitar cualquier afirmación que pudiese entenderse como perjudicial para D.; simplemente subrayé el hecho de que me resultaba muy caro y extraño estar continuamente emprendiendo los largos viajes hasta su domicilio. Les pedí que transfirieran mi caso a alguien en la ciudad universitaria que había cerca de mi casa.

Esperé la respuesta con ansia durante muchos días, hasta recibir, al término de aquel período, un manojo de formularios para que los rellenase por duplicado. Los cumplimenté, los envié y la espera comenzó de nuevo. ¡Qué gran parte de mi vida ha ocupado últimamente ese inútil suspense que te destruye el alma! La espera sigue y sigue, día tras día, semana tras semana, y sin embargo nunca te acostumbras a ella. Bueno, la respuesta llegó finalmente en aquel papel rígido y de un azul pálido del que había aprendido a sentir pavor nada más verlo. Mi petición fue rechazada. No me dieron ninguna explicación sobre por qué se me denegaba un favor que le había sido concedido a cientos de personas. Pero, obviamente, de esta entidad pública no se pueden esperar explicaciones; su conducta es siempre totalmente despótica e impredecible. Todo lo que se dignaron a añadir en la categórica negativa fue la afirmación de que era libre de prescindir en su totalidad de los servicios de un tutor, si eso era lo que prefería.

Tras recibir esa comunicación arbitraria estaba tan deshecha que me quedé en casa dos semanas enteras, totalmente inactiva. No tenía ni fuerzas para salir; me recluí en mi habitación, aduciendo que estaba enferma y sin ver a nadie más que a la sirvienta cuando me traía la comida. De hecho, la excusa de la enfermedad no era mentira, puesto que mi cuerpo, así como mi mente, se sentía completamente destrozado, exhausto, apático y deprimido, exactamente igual que tras haber tenido una fiebre altísima.

Sola en mi habitación, reflexioné incesantemente sobre la situación. ¿Por qué, por el amor de Dios, las autoridades habían rechazado mi solicitud, cuando sabía a ciencia cierta que a otras personas se les permitía cambiar de terapeuta a su antojo? ¿Aquella negativa significaba que había alguna característica especial en mi caso que lo diferenciaba de los demás? Si así era, y puesto que se me estaban negando privilegios normales y corrientes, seguramente debía indicar que se había hecho un análisis más serio de mi caso que del resto. ¡Si al menos supiera, o pudiese descubrir algo definitivo! Redacté otra solicitud con extremo cuidado y la envié a la dirección oficial, educadamente, me temo incluso que servilmente, suplicando una respuesta a mis preguntas. Qué imbécil fui humillándome, tan inútilmente, sin duda ante una dependencia llena de funcionarios principiantes que, con toda probabilidad y antes de tirarla a la papelera, se echaron unas buenas risas ante mi trabajosa y meditada redacción. No llegaría ninguna respuesta, naturalmente.

Esperé unos días más en un estado que iba de la inquietud al desespero, que a cada hora se volvía más insoportable. Hasta que ayer, finalmente, llegué al punto de no poder soportar más tanta tensión. Solo había una persona en el mundo entero con quien podía liberar mi mente, solo una persona que era, posiblemente, capaz de aliviar el suspense, y esa persona era D., que aún era, cuando ya todo estaba dicho, mi tutor.

Decidí ir a verle de nuevo, de improviso. Estaba en tal estado que tomar una decisión se había convertido en una necesidad imperiosa. Me vestí y salí a coger el tren.

El sol brillaba y me sorprendió ver que, durante el tiempo que había permanecido encerrada, demasiado preocupada por mis problemas incluso como para mirar a través de la ventana,

habíamos cambiado de estación, pasando del invierno a la primavera. La última vez que miré desinteresadamente las colinas había visto un paisaje de nieve y árboles en color sepia digno de Brueghel y ahora, salvo por una estrecha blancura que bordeaba el extremo norte del punto más alto del bosque, la nieve había desaparecido. A través de las ventanillas del tren vi liebres jugando entre las finas líneas verdes esmeralda del trigo invernal: en los valles, la tierra recién arada parecía tan opulenta como el terciopelo. Abrí la puerta del vagón y sentí la suave corriente de aire que, no muy lejos de allí, guiaba al chorlito en su danza de amor extraña y vacilante. Cuando el tren aminoró la marcha entre las altas laderas, vi en la hierba las brillantes cabezas amarillas de las celidonias.

Incluso en la ciudad había sensación de alegría, como de vida renovada. La gente caminaba enérgicamente hacia sus citas o perdía el tiempo contemplando, feliz, los escaparates. Estaban los que silbaban o cantaban para sí aprovechando que el ruido del tráfico amortiguaba su sonido, los que agitaban sus brazos, los que se metían las manos en los bolsillos y los que ya se habían deshecho de sus abrigos. En las esquinas de las calles se vendían flores. Aunque la luz del sol no alcanzaba el final de las profundas calles, los tejados estaban bañados en oro, y muchos alzaban la mirada automáticamente a los relucientes tejados y al suave y prometedor cielo.

También yo me beneficié de la atmósfera de ese día. Mientras caminaba decidí exponerle a D. el objeto de la solicitud y su respuesta con la intención de no esconderle nada, sino más bien para preguntarle qué creía que había detrás de aquella decisión oficial. Al fin y al cabo, no había hecho nada que pudiese ofenderle; en términos prácticos, mi petición de cambio de tutor estaba perfectamente justificada. Tampoco tenía ningún motivo real para desconfiar de él. Más bien al contrario, ahora era más necesario que nunca albergar una fe implícita en él puesto que solo él tenía el poder de hacer que mi caso avanzase. Posiblemente, y solo por el bien de su buena reputación, haría todo lo posible para ayudarme.

Llegué a su casa y esperé a que me abriesen la puerta. Cerca del pasamano había un mendigo de pie que sostenía frente a él una bandeja con cerillas; era un hombre joven y delgado cuya

apariencia le hacía parecer de clase media; estaba cuidadosamente afeitado, llevaba un traje azul oscuro, viejo y limpio. La ciudad, por supuesto, está llena de gente desahuciada; pueden verse por todas partes, pero no podía evitar desear no haber visto aquello justo en aquel momento; deseaba no haber visto a aquel hombre en concreto, aunque puede que fuese un maestro caído en desgracia. Estábamos tan cerca que esperaba que me pidiese algo. Sin embargo, se quedó de pie sin siquiera mirar en mi dirección, ni tampoco molestarse en acercar sus cerillas a los transeúntes; había en su rostro una expresión de una apatía tan absoluta que bastó ese instante para que todo el influjo optimista de aquel día comenzase a abandonarme.

Cuando crucé la entrada, parte de mi atención se quedó adherida al respetable mendigo con el que me sentía de algún modo conectada. Se me pasó por la cabeza que quizá yo, algún día, incapaz de seguir trabajando, habiendo consumido mi pequeña fortuna, con mis amigos irreparablemente alejados, estaría en la misma situación que él.

El sirviente me informó de que a D. lo habían llamado por un trabajo urgente pero que volvería pronto. Me llevó a una habitación y me pidió que esperara. Allí sola, toda mi depresión, que había desaparecido bajo el sol, regresó. En contraste con el viento primaveral de la calle, sentía la pieza cerrada y opresiva, pero una sombría inercia me impidió abrir una de las ventanas decoradas con gruesas cortinas. En la esquina, el enorme reloj de pie marcaba los minutos. Al escuchar aquel incesante tictac me sobrevino gradualmente una sensación de futilidad abismal. El hecho de que D. no estuviese, que de entre todos los días posibles eligiese aquel para hacerme esperar en aquella lúgubre habitación, creó la peor de las impresiones posibles en mis crispados nervios. Me poseyó una sensación de desesperanza, de que todo esfuerzo que hiciese sería inútil. Me senté apáticamente en una silla rígida e incómoda con un asiento de piel y observé el reloj, cuyas agujas habían completado en ese momento medio círculo desde mi llegada, con indiferencia. Pensé en marcharme, pero incluso carecía de energía para moverme. Me había invadido una apatía similar a la del mendigo de afuera. Estaba convencida de que, incluso antes de haber hablado con D., la visita había sido un fracaso.

De repente, el sirviente volvió para decirme que D. estaba a mi disposición. Sin embargo, ya no quería verle; solo con la mayor de las dificultades me pude obligar a levantarme y a seguirle hasta la habitación en la que mi tutor se encontraba sentado a su escritorio. No sé por qué el verle sentado en su pose habitual me sugirió la idea de que no lo habían llamado de ningún sitio en realidad, de que había estado allí sentado todo el tiempo, teniéndome a la espera por algún motivo personal oculto; quizá para provocar en mí una sensación de desesperación tan grande como la que estaba experimentando en aquel momento.

Nos dimos la mano, me senté y comencé a hablar; mi indolente lengua empezó a verbalizar palabras que parecían inútiles antes incluso de ser pronunciadas. ¿Era cosa mía que D. escuchaba con menos atención que en ocasiones anteriores, mientras jugaba con su pluma o con los papeles que tenía frente a él? No pasó mucho tiempo antes de que su actitud me convenciese de que él estaba totalmente informado acerca de mi solicitud y su resolución. No había duda alguna de que las autoridades le habían remitido el asunto; ¿con qué sesgo, con qué consecuencias? Y fue entonces, mientras intentaba adivinar lo que esta intercomunicación presagiaba, cuando pasé de un estado de indiferencia a uno de sospecha y alarma.

Me escuché a mí misma expresando el viejo argumento de la incomodidad, explicándole en un tono dubitativo que para estar menos de una hora con él debía emplear, entre ir y venir, seis horas de viaje. Y entonces le oí responder que ya no tendría motivo de queja alguno respecto a los aburridos viajes, puesto que estaba a punto de emprender unas vacaciones de duración indefinida y no acometería más trabajos hasta su vuelta.

Si antes de aquello me sentía desesperada os podéis imaginar cómo me afectó aquella información. De algún modo me despedí de él, encontré el camino a la calle y alcancé el tren, que me llevó a través del entonces ya oscuro paisaje.

Qué difícil es sentarse en casa sin nada más que hacer que esperar. Esperar es la cosa más difícil del mundo. Esperar sin tener a quién confiarle tus dudas, tus miedos, tus esperanzas incansables. Esperar sin saber si tenía que interpretar las palabras de D. como una orden oficial que me privaba de toda ayuda o si él tenía

intención de retomar mi caso en un futuro cercano, o bien este estaba ya cerrado. Esperar, simplemente esperar, carente incluso de la última y piadosa privación de toda esperanza.

A veces pienso que algún tribunal secreto ha debido de juzgarme y condenarme, sin escucharme siquiera, a esta opresiva condena.

OTRO FRACASO, NADA MÁS

Cuando salí de casa de D. me sentía muy ansiosa e infeliz, estaba enfadada conmigo misma y también con él porque se había negado a ayudarme. Que recurriese a él en mi estado de angustia era bastante natural. Él sabe más de mí y de mis problemas que ningún otro ser; es un hombre inteligente en cuyo juicio la gente confía y además, debido a su profesión, tiene cualificaciones especiales para aconsejar en este tipo de problemas.

«¿Por qué no va a decirme lo que debería hacer?», le pregunté indignada al final de nuestro encuentro. «¿Por qué no puede darme una línea de conducta definitiva y evitarme así todo este sufrimiento e incertidumbre?»

«Eso es precisamente lo que no tengo intención de hacer», me contestó. «Tu problema es que estás siempre evitando las responsabilidades. Este es un caso en el que debes actuar bajo tu propia iniciativa. Lo lamento si parezco poco amable pero debes creerme cuando te digo que si lo analizas tú sola, en vez de seguir ciegamente consejos externos, tanto si son míos como de cualquier otro, te irá mucho mejor a largo plazo».

Estaba tan dolida con la actitud tan inesperada de D. que mientras me dirigía hacia el invernal crepúsculo londinense creo que estaba pensando más en él que en mi problema personal. En mi imaginación seguía escuchando su voz agradable y empática, en ese momento tan fuera de tono respecto a las palabras sin corazón que estaba pronunciando, y observando su tez morena que siempre me recordaba vagamente a otro rostro que había visto hacía mucho, aunque no podía recordar dónde; quizá en algún cuadro o en alguna fotografía del periódico. Me sentía avergonzada por haberle pedido un favor que él no estaba dispuesto a hacerme. Me abochornaba haber esperado demasiado de una amistad que, tal vez durante todo

este tiempo, había sido unilateral. Seguramente había permitido que mis deseos personales me engañasen haciéndome creer que sus maneras compasivas eran pruebas de sentimientos cordiales hacia mí. Ahora que lo pienso, no puedo recordar una sola ocasión en toda nuestra relación en la que su comportamiento dejase entrever algo más que la benevolencia generalizada de un hombre humano, comprensivo e inteligente. La idea de haber cometido tal error era especialmente angustiante para mí, porque soy muy reservada por naturaleza y me da miedo el rechazo de la gente de mi ámbito. En ese momento sentía que me había delatado y que D. debía de estar despreciándome o riéndose de mí; sin embargo, sabía perfectamente que él entendía demasiado bien cómo funcionaba la mente y el corazón como para acusarlo de semejante crueldad.

Pese a que todos estos humillantes pensamientos estaban muy lejos de ser agradables, me agarré a ellos lo máximo posible, exagerándome a mí misma, en realidad mi más reciente mortificación, como si mi relación con D. tuviese mayor importancia que cualquier otra cosa en el mundo. Pero, por supuesto, no conseguí sacarme de la cabeza el problema real. Estuvo ahí todo el tiempo, como un dolor de muelas que se vuelve cada vez más insistente hasta que, finalmente, anula cualquier otra sensación.

¿Qué iba a hacer en la entrevista a la que se suponía debía asistir en breve? Las preguntas que tan desesperadamente le había planteado a D. y que él se había negado a responder se me presentaban en ese momento con una urgencia imperiosa. ¿Debía acudir al hotel a reunirme con mi marido y con la jovencita que él había propuesto meter en nuestra casa? ¿Era emocionalmente capaz de aceptar la situación a la que, en teoría, ya había dado mi consentimiento intelectual? ¿Con qué sonrisa, con qué palabras, debería saludar a aquella extraña, más joven, más bella y más afortunada que yo? ¿Con qué mirada endurecida de un modo poco natural debería observar las miradas y gestos tan reconocibles para mi corazón pero dirigidos hacia una nueva receptora?

La secuencia recurrente de estas preguntas, a las que parecía totalmente incapaz de contestar, a las que, de hecho, no tenía esperanza ni expectativa alguna de poder encontrar una respuesta, comenzaron a adoptar, por pura monotonía, una cualidad de horror

y tormento imposibles de describir. Empecé a sentir que si no conseguía romper aquel círculo vicioso me volvería loca de repente y comenzaría a gritar y a perpetrar algunos sorprendentes actos de violencia en mitad de la calle. Pero lo peor de todo era saber que las leyes de mi temperamento me negarían incluso un alivio como aquel; que estaba inexorablemente atrapada por mi propia determinación de no mostrar, bajo ningún concepto, emoción alguna.

Tenía frío y estaba cansada. Me di cuenta de que debía haber caminado sin rumbo durante bastante tiempo; vi que estaba en una calle que no conocía muy bien. Había caído la noche, las luces brillaban vagamente a través de la neblina. Miré mi reloj y vi que era prácticamente la hora establecida para la entrevista.

En cuanto me di cuenta de ello pareció sobrevenir un cambio en absolutamente todo. Era como si, de algún modo misterioso, me hubiese convertido en el eje central sobre el que giraba aquella escena nocturna. La gente que caminaba por la acera me miraba según pasaba: algunos lo hacían con pena, otros con cierta indiferencia y otros con una curiosidad morbosa. Algunos parecían hacer pequeños y disimulados gestos, pero no estaba segura de si eran para alertarme o para motivarme. Las ventanas se iluminaban o se apagaban: eran algo así como ojos penetrantes que, sin embargo, estaban centrados en mí. Las casas, el tráfico, todo lo que estaba a la vista parecía observarme para ver qué hacía.

Me giré y comencé a caminar deprisa en dirección al hotel. Corrí para no llegar tarde a la cita pero en ningún momento, por algún motivo, se me ocurrió coger un taxi. A lo largo del trayecto me acompañaron los ojos brillantes de los coches, que me seguían fielmente, y que o bien estaban especulando o bien sabían previamente lo que ocurriría. Escuchaba en mi cabeza la agradable voz de D. diciéndome que debía tomar mis propias decisiones. Su cara y aquellas cejas oscuras que me devolvían un recuerdo esquivo flotaron frente a mí, no más grandes que un ratón, para desaparecer después.

Llegué a la entrada del hotel, perfectamente iluminada. La gente entraba y salía por la puerta giratoria. Caminé más despacio y finalmente me detuve. Incluso en ese momento estaba convencida a medias de que debía entrar, cumplir con la cita, actuar con

credibilidad durante la entrevista. Pero entonces mis pies me alejaron de allí y entendí lo que creo que los observadores habían sabido todo el tiempo, que en vez de enfrentarme a la situación me escaparía a cualquier otro sitio, a no importa qué vergüenza, culpa o desesperación.

¿Podría entonces sobrevivir a mi propia condena? Una pregunta sin duda retórica porque, aunque es difícil vivir con tantísima tristeza y tantísimos fracasos, morir parece aún más duro.

LA CITACIÓN

R. es uno de mis amigos más antiguos. Una vez, hace mucho, solíamos vivir en unos pisos del mismo edificio y, por lo tanto, claro está, le veía muy a menudo. Después cambiaron las circunstancias de nuestras vidas y nos separaron distancias cada vez más grandes, hasta el punto de que solo podíamos vernos de tanto en tanto y con dificultad —quizá una o dos veces al año— y, más adelante, apenas unas horas o, como mucho, un fin de semana. Pese a todo, nuestra amistad, que fue puramente platónica, se mantuvo intacta aunque, naturalmente, no era posible mantener el mismo nivel de intimidad que antes. Sentía que aún existía entre nosotros un entendimiento cercano e indestructible; un entendimiento que tenía su origen en que éramos de carácter muy similar y, por lo tanto, estábamos a salvo de cambios inesperados.

Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez en que nos habíamos visto, por lo que estuve encantada cuando pudimos por fin concretar un nuevo encuentro. Acordamos quedar en la ciudad, cenar juntos y viajar de noche en tren hasta el barrio donde él vivía.

Quedamos a las siete. Llegué la primera al restaurante y en cuanto dejé mi equipaje en el guardarropa, subí las escaleras hacia el pequeño bar al que solía ir con frecuencia y donde me sentía como en casa. Me percaté de que había un camarero ayudando al barman de siempre y me pregunté, de ese modo tan ocioso en el que fluyen los pensamientos de alguien que espera a otra persona, por qué habían traído a un ayudante aquella noche si no había muchos clientes en el bar.

R. apareció casi de inmediato. Nos saludamos con felicidad y así nos enfrascamos en una conversación que bien podría no haber terminado nunca.

Nos sentamos y pedimos la bebida. Fue el camarero, y no el barman, el que nos atendió. Cuando el hombre posó los dos vasos sobre la mesa, me sorprendió su fealdad. Sé que no deberíamos sentirnos influidos por las apariencias pero había algo en el aspecto de aquel tipo por el que no podía evitar sentir rechazo. En cuanto lo miré me vino a la mente la palabra «troglodita». No sé qué aspecto tenían realmente los habitantes de las cavernas pero siento que debían de ser muy similares a aquel individuo pequeño, rechoncho e incoloro. Pese a no tener ninguna deformación, curiosamente, sí que parecía deforme; quizá se debía simplemente a que era muy desproporcionado y a que estaba bastante encorvado. No era muy mayor pero su cara mostraba una expresión extraña de antigüedad, de algo manido y casi obsceno, como si fuese el superviviente de un mundo primitivo. Recuerdo especialmente sus labios, anchos y grises, sin forma, que parecían incapaces de generar algo tan civilizado como una sonrisa.

Por increíble que parezca, debía de estar prestándole más atención al camarero que a mi amigo, porque no fue hasta después de que alzásemos las copas cuando percibí cambios en el aspecto de R. Desde nuestro último encuentro había engordado y parecía, en general, más exitoso. También llevaba un traje nuevo y, cuando lo elogié, me dijo que se lo había comprado ese mismo día, con parte de una gran suma de dinero que había recibido como anticipo de su último libro.

Me alegró saber que las cosas le iban tan bien. Pero, al mismo tiempo, una punzada de celos me atravesó el corazón. Mis asuntos estaban sumidos en un estado tan lamentable que me resultó imposible no comparar mi fracaso con su éxito, que, de algún modo indefinible, le hacía parecer menos accesible pese a que su actitud era tan amistosa y encantadora como lo había sido siempre.

Cuando terminamos las bebidas bajamos al restaurante a cenar. Aquí me sorprendí y, debo admitir, me enfadé de un modo bastante irracional, cuando vi que el camarero que se nos acercaba con el menú era el mismo de antes. «Qué, ¿trabajas tanto aquí abajo como arriba?», le pregunté bastante irritada. R. debió de sorprenderse mucho con mi tono tan desagradable porque me miró con reprobación. El hombre respondió con bastante educación que había terminado su turno en el bar y que ahora le tocaba atender en

el restaurante. Hubiese sugerido que nos cambiasen a una mesa que sirviese otro camarero pero me sentí demasiado avergonzada como para hacerlo. Estaba mortificada por haber mostrado un sentimiento tan irracional y poco simpático ante R., que, estaba segura, debía de estar criticándome duramente.

Era un mal comienzo para una cena. La noche había tomado un rumbo desafortunado, como una mala racha de cartas que no puedes romper, y todo debido a aquel maldito camarero. Aunque hablamos sin ninguna limitación, la calidez de las chispas que solían saltar cuando estábamos juntos se nos negaba. Me pareció incluso que la comida no estaba tan buena como otras veces.

Me alegré cuando el camarero quitó las migas con la servilleta y nos puso los cafés delante. Ahora, por fin, nos veríamos liberados del peso de aquella proximidad desfavorable. Pero volvió en pocos minutos y acercando su repulsivo rostro al mío me informó de que alguien reclamaba mi presencia en la entrada.

«Pero eso es imposible, debe de ser un error. Nadie sabe que estoy aquí», protesté, mientras él insistía incomprensible y obstinadamente en que había alguien preguntando por mí.

R. sugirió que lo mejor sería que fuese a investigar qué pasaba. Así que me dirigí a la entrada, donde había muchas personas sentadas o de pie, esperando a reunirse con sus amigos. De un vistazo pude ver que todos me resultaban desconocidos. El camarero me llevó junto a un hombre de tardía mediana edad, cuidadosa y discretamente vestido; su rostro era redondo y anodino y tenía un pequeño bigote gris. Podría tratarse del director de un banco o podría ser cualquier ciudadano respetable. Creo que era calvo. Hizo una reverencia y me saludó mencionando mi nombre.

«¿Cómo sabe quién soy?», pregunté sorprendida. Sabía que nunca lo había visto. Pero ¿cómo podía estar tan segura? Su cara era una de esas caras normales y corrientes que puedes ver muchas veces sin que te acuerdes de ellas.

Replicó soltando un discurso bastante largo; pero lo hizo tan rápido y en voz tan baja que solo entendí palabras sueltas que no tenían ningún sentido entre sí. Totalmente incapaz de comprender lo que me estaba diciendo, tuve la ligera sensación de que estaba pidiéndome que lo acompañara a algún sitio. Y entonces me di cuenta, de repente, de que la maleta que había en el suelo junto a

sus pies era la mía.

«¿Qué hace usted con mi maleta? ¿Cómo la ha conseguido? La empleada no tenía ningún derecho a permitirle sacarla del guardarropa», dije, enfadada, agachándome para cogerla del asa. Pero antes de que pudiera alcanzarla él la cogió primero, con una sonrisa de desprecio, y se la llevó hacia la puerta.

Le seguí, totalmente indignada y ansiosa por recuperar mis pertenencias. En la calle, nos cruzamos con los viandantes y hasta que no dobló la esquina hacia un callejón estrecho lleno de coches aparcados no fui capaz de alcanzarlo. Se me pasó por la cabeza que aquel hombre estaba loco: no podía creer que quisiese robarme la maleta; parecía demasiado respetable para eso.

«¿Qué significa todo esto? ¿A dónde se lleva mi maleta?», pregunté, agarrándole de la manga. Estábamos justo al lado de una gran limusina negra que permanecía en la fila de los coches que esperaban. Mi acompañante dejó la maleta en el estribo.

«Veo que no me ha entendido», dijo, y esta vez habló claro por primera vez para que pudiera escuchar de verdad lo que estaba diciendo. «Aquí está mi autorización. No hacerlo allí dentro, donde todo el mundo podría verla, era un simple gesto de consideración hacia usted». Sacó de un bolsillo un formulario color azul pálido y lo sostuvo ante mí. Pero en la incierta luz transversal de las farolas de la calle y de los coches, solo me dio tiempo a entrever algunas frases de corte legal ininteligibles, y mi propio nombre embellecido con letra manuscrita y florituras elaboradas al más puro estilo antiguo, antes de apresurarse a guardar de nuevo el rígido papel.

Estaba abriendo la boca para pedirle que me dejase ver bien el papel cuando el chófer del coche negro salió de repente de él y cogió mi maleta con la clara intención de meterla dentro del vehículo.

«Eso me pertenece, ¡haga el favor de no tocarla!», exigí, pensando al mismo tiempo qué debería hacer si el hombre se negaba a obedecer. Pero, como si todo aquello le fuese completamente indiferente, soltó el asa de la misma y volvió a su asiento, donde, de inmediato, pareció quedar absorto en algún periódico vespertino.

En aquel momento, por primera vez, vi el escudo oficial estampado sobre la brillante puerta trasera del coche, y vi también

que las ventanas estaban hechas de cristal esmerilado. Asimismo, fui consciente por primera vez de una ligera ansiedad; no porque pensase por un instante que la situación fuese seria, sino porque siempre había oído que una vez estás incluso remotamente involucrada en el papeleo oficial, librarse de él es un trabajo tedioso e interminable.

Sintiendo que no había un momento que perder, que debía ofrecer mis explicaciones y escapar antes de enredarme más en aquella ridícula red de malentendidos, empecé a hablarle al hombre mayor, que esperaba pacientemente a mi lado. Hablé con tranquilidad y en un tono razonable, diciéndole que no estaba culpándolo en absoluto pero que, sin duda, se había cometido un error; yo no era la persona a la que se referían en el documento que me había mostrado y que seguramente se trataba de otra con mi mismo nombre. Al fin y al cabo, mi nombre era bastante común; podía pensar, así a bote pronto, en otras dos personas —una actriz de cine y una escritora de relatos— que se llamaban como yo. Cuando terminé de hablar lo miré con ansiedad para ver cómo se había tomado mis argumentos. Parecía estar impresionado, asintió un par de veces con la cabeza de un modo reflexivo, pero no dijo nada. Decidí, alentada por su actitud, hacer un movimiento atrevido, coger mi maleta y caminar rápidamente de vuelta al restaurante. No intentó detenerme, hasta donde pude ver, ni me siguió; me felicité por haber escapado tan fácilmente. Parecía que se necesitaba audacia para tratar con los funcionarios públicos.

R. aún estaba sentado a la mesa, donde lo había dejado. Cuando me senté, mi humor había mejorado, estaba contenta, llena de vida y de confianza —ahora llevaba mi maleta conmigo— y le expliqué el peculiar incidente que acababa de tener lugar. Le conté la historia bastante bien, sonriendo por lo absurdo de todo aquello; creo que lo conté de un modo realmente entretenido. Pero, cuando al acabar busqué la sonrisa de R., me sorprendió ver que estaba serio. No me miró, sino que permaneció con la mirada hacia abajo, dibujando un patrón invisible en el mantel con su cucharilla del café.

«Bueno, ¿no te parece gracioso que cometieran tal error?», le pregunté, intentando forzar la diversión.

En ese momento sí que me miró, pero con una cara tan seria y

con una mirada tan preocupada que toda mi confianza y buen humor se evaporaron de golpe. Justo en ese instante noté que el camarero feo estaba merodeando cerca, casi como si quisiera escuchar la conversación, y se me diseminó por las venas una sensación de terror.

«¿Por qué no dices nada?», prorrumpí, totalmente agitada, mientras R. seguía callado. «No es posible que creas que no hubo ningún error… Que soy la persona que estaban buscando».

Mi amigo dejó la cuchara y puso su mano en mi brazo. El contacto afectuoso, tan lleno de empatía y compasión, me desmoralizó aún más que sus palabras.

«Si fuese tú», dijo lentamente, como con dificultad, «creo que volvería allí para descubrir de qué se me acusa. Al fin y al cabo, si realmente ha sido un error, te resultará fácil demostrar tu identidad. Si te niegas a ir lo único que vas a conseguir es crearles una mala impresión».

Ahora que tengo tanto tiempo para pensar en situaciones pasadas, a veces me pregunto si R. tenía razón: si no hubiese sido mejor mantener mi libertad lo máximo posible e incluso con el riesgo de perjudicar el resultado final de todo aquel asunto. Pero en aquel momento dejé que me convenciera. Siempre he tenido en alta estima sus juicios y en aquel entonces lo acepté. Sentí, también, que si eludía todo aquello, debería renunciar a su respeto. Pero cuando nos dirigimos a la entrada y vi al pulcro y discreto hombre de pie, impasible, esperando desapasionadamente, comencé a preguntarme, como me he preguntado desde entonces, si en este mundo la buena opinión de alguien merece todo lo que he tenido que sufrir y todo lo que deberé seguir sufriendo. ¿Cuánto tiempo? ¿Por cuánto tiempo más?

POR LA NOCHE

Qué lentos pasan los minutos durante las noches de invierno: y aun así las horas no parecen tan largas. La campana de la iglesia está dando la hora de nuevo en ese tono aburrido del campo, que suena medio aturdido por el frío. Estoy tumbada en la cama, y como una prisionera bien instruida, sabia, renuncio al patrón familiar del insomnio. Es una rutina que conozco demasiado bien.

Mi carcelero está en la habitación conmigo pero no puede acusarme de ser rebelde o problemática. Como no quiero llamar su atención, estoy tumbada tan quieta como si mi cama fuese mi féretro. Si no me muevo en toda una hora quizá me deje dormir.

Naturalmente, no puedo encender la luz. La habitación está oscura, como una caja forrada con terciopelo negro que alguien ha dejado caer en un pozo helado. Todo es silencio excepto cuando crujen los huesos de la casa en la escarcha o cuando una masa de nieve se desliza desde el tejado creando un sonido similar a un suspiro furtivo. Abro los ojos en la oscuridad. Mis párpados están doloridos, como si las lágrimas se hubiesen solidificado en escarcha. No sería tan malo si por lo menos pudiese ver a mi carcelero. Sería un alivio saber desde dónde hace guardia. Al principio supuse que estaba de pie, como una cortina negra, al lado de la puerta. El techo de la habitación se desliza hacia arriba, como si fuese la tapa de una caja y él se eleva, mucho más alto que un olmo, hacia las heladas montañas de la luna. Pero entonces me doy cuenta de que quizá haya cometido un error y esté agachado en el suelo, bastante cerca de mí.

Mi cabeza está sujeta con una banda de hierro y justo en ese momento el carcelero golpea el frío metal, una tormenta que resuena, y que me provoca dolor en las cuencas de los ojos. Está mostrando su desaprobación hacia mis pensamientos interrogantes;

o quizá simplemente desee reafirmar su autoridad sobre mí. Sea como fuere, vuelvo a cerrar rápidamente los ojos y me quedo quieta, casi sin atreverme a respirar, bajo la ropa de cama.

Para ocupar mi mente con algo, empecé a repasar las fórmulas que un médico extranjero me había enseñado la primera vez que estuve bajo sospecha. No dejo de repetirme que no existe ninguna persona *víctima* del insomnio, que sigo despierta porque prefiero continuar con mis pensamientos. Intento ponerme en la piel de un recién nacido que no tiene futuro ni pasado. Si el carcelero mirase ahora en mi mente, creo que no podría poner ninguna objeción a lo que está ocurriendo en su interior. La cara del médico holandés, fina y aguda y dura como la cara de un marinero, pasa frente a mí. De repente, en un mundo aún encerrado en la oscuridad y en la escarcha, un gallo cacarea en las inmediaciones de un modo fantástico y sobrenatural. El cacareo del gallo se convierte rápidamente en tres puntos llameantes, una flor de lis floreciendo momentáneamente en el campo negro de la noche.

Estoy a punto de quedarme dormida. Noto mi cuerpo flojo y mis pensamientos comienzan a precipitarse todos juntos. Mis pensamientos se han convertido en hebras de hierba, de ningún color en concreto, que se ondulan lentamente en aguas incoloras.

Mi mano izquierda se contrae y vuelvo a estar totalmente despierta. Es el repiqueteo de la iglesia el que me ha devuelto a la presencia de mi carcelero. ¿He contado cinco repiques o cuatro? Estoy demasiado cansada como para estar segura. En cualquier caso, la noche pronto habrá llegado a su fin. La banda de hierro sobre mi cabeza está más prieta y se ha deslizado hacia abajo, por lo que me oprime los globos oculares. Aun así no parece que el dolor provenga de esta presión cruel sino que emane de algún lugar dentro de mi calavera, del córtex cerebral: lo que me duele es el cerebro en sí.

Estoy desesperada; me siento, de golpe, encolerizada. ¿Por qué estoy sola, condenada a pasar noches de tormento con un carcelero invisible, cuando el resto del mundo duerme plácidamente? ¿En base a qué leyes he sido juzgada y sentenciada, sin mi conocimiento, a una condena tan opresiva cuando ni siquiera sé por qué o por quién he sido acusada? Me invade un salvaje impulso de quejarme, de exigir una vista, de negarme a someterme a esta

injusticia por más tiempo.

Pero ¿a quién apelas cuando ni siquiera sabes dónde encontrar al juez? ¿Cómo esperas poder demostrar tu inocencia cuando no hay forma de saber de lo que has sido acusada? No, en este mundo no hay justicia para la gente como nosotros; todo lo que podemos hacer es sufrirla tan valerosamente como nos sea posible y así avergonzar a nuestros opresores.

UN RECUERDO DESAGRADABLE

El verano pasado, o quizá fue el otro día —ahora me resulta complicadísimo llevar el recuento del tiempo—, viví una experiencia muy desagradable.

El día no auguraba nada bueno desde el principio; era una de esas jornadas desafortunados en las que parece que cualquier pequeño detalle va a salir mal; uno de esos días en los que parece que estás condenada a entablar una batalla perpetua y exasperante con objetos inanimados. ¡Qué diabólico puede llegar a ser el inframundo en esas ocasiones! ¡Cómo cada átomo, célula, molécula, parecen formar parte de una conspiración irritante contra aquellos desafortunados que hayan provocado su oscura desaprobación! Esta vez, para empeorar las cosas, el clima decidió unirse a la batalla. El cielo estaba cubierto por un apagado velo de nubes grises, las montañas se habían vuelto de un amargo azul prusiano y había plagas de mosquitos infestando la orilla del lago. Era uno de esos días de verano sin sol que son infinitamente más deprimentes que el más oscuro temporal de invierno; días en los que todo aparece como viciado y el mundo semeja un vertedero lleno de latas viejas y escamas de pescado y tronchos de col podridos.

Ese día me demoraba en todo, por supuesto. Tuve que cambiarme a toda velocidad para el partido de tenis que debía jugar por la tarde, porque llegaba con diez minutos de atraso. Los otros jugadores habían llegado y estaban dando unos golpes de calentamiento mientras me esperaban. Me molestó comprobar que habían elegido la pista de en medio, que es, de las tres disponibles, la que menos me gusta. Cuando les pregunté por qué no habían cogido la de arriba, que es la mejor de lejos, me dijeron que ya la habían reservado algunos funcionarios. Sugerí entonces ir a la pista de abajo pero se quejaron y me dijeron que estaba húmeda por

culpa de los árboles y sus ramas colgantes. Como no había sol no pude expresar mi objeción principal a la pista de en medio, y es que no está bien dispuesta para la luz de la tarde. No nos quedó más remedio que empezar a jugar.

El siguiente e irritante incidente fue que en vez de tener a mi acompañante habitual, David Post, por algún motivo decidieron que debería jugar con un hombre llamado Müller a quien apenas conocía y que resultó ser un jugador muy inferior. Además era mal perdedor, puesto que en cuanto resultó obvio que nuestros oponentes eran demasiado buenos para nosotros, perdió todo interés en el juego y se comportó de un modo tremendamente insoportable. Estaba siempre saludando y sonriendo a los que se paraban a vernos, prestando mucha más atención a los espectadores que al juego. En otros momentos, cuando los demás estábamos recogiendo pelotas o yo recibía el servicio, él se apartaba y se quedaba observando la carretera principal, que estaba al lado, mirando los coches como si estuviese esperando la llegada de algún conocido. Al final resultó casi imposible mantenerlo en la pista; estuvo todo el rato vagando e, indignados, tuvimos que llamarle a gritos. En aquellas circunstancias era inútil continuar con el juego y al final del primer set suspendimos el partido, de forma consensuada.

Os podéis imaginar que cuando volví a mi habitación no estaba precisamente de buen humor. Además de un estado de irritación nerviosa, tenía calor y estaba cansada, y mi objetivo principal era darme un baño y ponerme ropa fresca lo antes posible. Así que no me hizo ninguna gracia encontrar que me esperaba una completa desconocida, a la que debía atender antes de hacer cualquier otra cosa.

Era una mujer joven, más o menos de mi edad, tremendamente atractiva, vestida con un impecable traje marrón de lino, zapatos blancos y un sombrero con una pequeña pluma. Hablaba bien pero tenía un ligero acento que no supe dónde ubicar; más tarde llegué a la conclusión de que sería de alguna colonia.

La invité a que tomara asiento, tan educadamente como me fue posible, y le pregunté qué podía hacer por ella. Rechazó la silla y, en vez de contestar directamente, habló con evasivas, tocando la raqueta que aún tenía en la mano y haciendo alguna pregunta sobre

las cuerdas. Me pareció bastante absurdo, en el estado en el que me encontraba en aquel momento, verme involucrada con una mujer desconocida en un debate ridículo sobre las virtudes de diferentes raquetas, y me temo que dejé el tema de un modo bastante brusco para preguntarle categóricamente qué la había traído hasta allí.

Pero entonces me miró de un modo muy peculiar y me dijo, con una voz bastante diferente: «¿Sabes?, siento mucho tener que darte esto», y vi que estaba tendiendo hacia mí una caja, un pastillero pequeño, redondo y negro, que podría proceder de cualquier farmacia. De repente, me sentí aterrorizada y deseé que pudiésemos volver a la conversación sobre las raquetas de tenis. Pero no había vuelta atrás.

Ahora no estoy segura de si me lo dijo con tantas palabras o si simplemente deduje que el juicio que tanto tiempo había esperado por fin se había celebrado y que aquel era el final. Recuerdo —¡de entre todas las cosas!— sentirme ofendida porque se me comunicase la sentencia de un modo tan casual y tan poco ostentoso, como si fuese un evento normal y corriente. Abrí la caja y vi las cuatro píldoras blancas en su interior.

«¿Ahora?», pregunté. Y me di cuenta de que estaba mirando a mi visitante de otro modo; la veía como a la mensajera oficial cuyas palabras habían adquirido una fatalidad portentosa.

Asintió sin hablar. Hubo una pausa. «Cuanto antes mejor», dijo. Podía sentir el sudor del partido, aún húmedo sobre mi piel, volviéndose tan frío como el hielo.

«¡Pero antes al menos debería darme un baño!», grité frenéticamente, agarrando el cuello húmedo y pegajoso de mi camiseta de tenis. «¡No puedo quedarme así, es indecente, es indigno!»

Me dijo que me lo permitían; era una concesión especial.

Me metí en el baño como una persona condenada y abrí los grifos. No recuerdo nada del baño; supongo que me lavé y me sequé mecánicamente y que me puse mi salto de cama de seda malva con el ceñidor azul. Quizá incluso me peiné y me empolvé la cara. Todo lo que recuerdo es el pequeño pastillero negro amenazándome desde la balda, encima del lavabo, donde lo había dejado.

Finalmente, me obligué a abrirlo y a sostener las cuatro pastillas en la palma de mi mano; me las llevé hacia la boca. Y entonces

ocurrió el contratiempo más absurdo de todos: no había ningún vaso en el baño. Debía de haberse roto o la sirvienta debía de habérselo llevado y se le había olvidado devolverlo. ¿Qué iba a hacer? Sin bebida no podía tragarme siquiera cuatro pequeñas pastillas y no podía retrasarlo más. Desesperada, llené la jabonera con agua y, de algún modo, conseguí tragármelas. Ni siquiera había esperado a limpiar la fina capa de jabón del fondo y el sabor casi me hace vomitar. Me quedé allí de pie, agarrada al borde del lavabo durante varios minutos mientras sufría náuseas y me ahogaba. Después me senté en el taburete. Esperé, con mi corazón latiendo tan violentamente como si tuviese un martillo en la garganta.

Esperé y nada ocurrió; absolutamente nada. Ni me sentí soñolienta ni me desmayé siquiera.

Pero no fue hasta que volví a la otra habitación y descubrí que mi visita se había ido que me di cuenta de que todo el episodio había sido un vil engaño, un recordatorio de lo que me espera.

MÁQUINAS EN LA CABEZA

Hay un ruido bastante insignificante y lejano; un sonido, además, que nada tiene que ver conmigo, al que no tengo ni la más mínima necesidad de prestar atención: aun así, es suficiente para despertarme y no de un modo agradable sino salvaje, violento, escandaloso, como una alarma antiaérea. El reloj está dando las siete. He estado dormida una hora, dos quizá. Despierta de este modo me levanto justo a tiempo para ver el último estertor evanescente del sueño, como una maliciosa y arrebatada bufanda oscura, que brilla sobre las patas de la cama y desaparece en un destello bajo la puerta cerrada. Es absurdo, bastante inútil, ir en su busca; para bien, aunque más que bien para mal, estoy despierta; las ruedas, mis dueñas, ya están vibrando con una emoción incipiente; todo el mecanismo se está preparando para dar comienzo al monótono y odioso funcionamiento del que soy una esclava descorazonada.

«¡Para! Espera un poco, es muy temprano. ¡Dame un respiro!», grito, aunque sé que será en vano. «Déjame dormir un poco más, una hora, media hora, eso es todo lo que te pido».

¿Qué sentido tiene apelar a una maquinaria insensible? Los engranajes se están moviendo, los motores se están calentando, incluso ahora se puede percibir un discreto zumbido. Qué bien reconozco cada sonido, cada temblor del laborioso comienzo. La peor parte es la repugnante familiaridad de la rutina, intolerable e inevitable al mismo tiempo, como una enfermedad en la sangre. Esta mañana me incita a la rebelión, a la locura; quiero golpearme la cabeza contra las paredes, volarme la cabeza a balazos, hacer añicos las máquinas y reducirlas, junto con mi calavera, a cenizas.

«Es terriblemente injusto», me escucho gritar, Dios sabe a qué o a quién. «Nadie puede trabajar tantas horas con tan pocas horas de

sueño. ¿Nadie sabe o a nadie le importa que me esté muriendo entre estas palancas y ruedas? ¿Puede alguien salvarme? En realidad no he hecho nada malo… me siento muy enferma, apenas puedo abrir los ojos…»

Y es verdad que me duele muchísimo la cabeza y que me siento al borde del colapso.

De repente me doy cuenta de que la luz que tanto daño me está haciendo en los ojos proviene del sol. Sí, el sol está brillando afuera; en vez de nieve, el rocío refulge en la hierba, los azafranes han esparcido un pequeño fuego, de llamas simétricas, bien proporcionado bajo los rosales. El invierno se ha acabado; es primavera. Corro hacia la ventana, sorprendida, y miro a través de ella. ¿Qué ha pasado, entonces? Estoy aturdida, perpleja. ¿Es posible que aún viva en un mundo en el que brilla el sol, y donde las flores florecen en primavera? Creía que me habían desterrado hacía mucho de todo eso. Me froto los ojos cansados; aún brilla el sol, los cuervos aletean ruidosamente alrededor de sus nidos sobre el viejo olmo, y puedo escuchar la dulzura con la que cantan los pájaros pequeños. Pero incluso cuando estoy ahí de pie todas las cosas felices comienzan a desvanecerse, a convertirse en fantasmagóricas y transparentes, como la textura de un sueño, borradas por los contornos mecánicos y monstruosos de las poleas, las ruedas, las barras que en su evolución ordenada, despiadada y demasiado bien conocida, demandan ahora mi atención cada vez con más insistencia.

Como un espejismo evanescente, en el fondo aún puedo, forzando la vista, discernir vagamente la hierba soleada, el azul, los arcos añiles del cielo a través de los cuales una forma verde vuela en una parábola opuesta, el fantasma de un puñal esmeralda.

«Oh, ¡detente, detente! ¡Dame un minuto más, solo un minuto más para ver al pito real!» Imploro, incluso cuando mis manos responden, obedientes y de forma automática, y empiezo a llevar a cabo la deleznable tarea.

¿Qué le importan a una máquina los pitos reales? Las ruedas giran más rápido, los pistones se deslizan suavemente en sus cilindros, el sonido de la maquinaria llena el mundo entero. Antes de amedrentarme con servil sumisión, aún saco de alguna fuente inexorable la fuerza para continuar con mi dura labor, pese a que

apenas puedo mantenerme en pie.

Veo mi rostro reflejado en la superficie de una pieza de metal pulida; muestra una imagen pálida, derrotada y solitaria: los ojos miran a la nada con una expresión de miedo, de terror y desolación en un mundo tenebroso. Algo, no sé el qué, me hace pensar en mi infancia: me recuerdo como una colegiala, sentada en un pupitre de madera; después como una niña pequeña, con el pelo alborotado, grueso y rubio, que alimentaba a los cisnes en el parque. Y me resulta extraño y triste que viviese aquellos días de la niñez para terminar así; que, olvidada por todos, con el rostro demacrado, tenga que servir a una maquinaria en un lugar alejado del sol.

EL DESCENSO

I

La escena está preparada exactamente como un escenario en el que está a punto de comenzar una comedia ligera, algo etéreo y alegre. Al fondo puede verse parte del suelo de la mansión, con puertas a derecha e izquierda abiertas hacia la ancha terraza donde hay dispuestas mesas y sillas. Enfrente, un tramo de escalones bajos de piedra lleva al jardín. Grandes pilares de piedra clara sostienen el techo de la terraza. A cada extremo, más allá de la última columna, pueden verse las paredes de la casa cubiertas de enredaderas, una masa de brillantes flores naranjas y moradas. El viento ha arrastrado algunas de las recién florecidas flores trompeta hasta los escalones, donde permanecen como si hubiesen sido esparcidas a los pies de una procesión nupcial. En primer plano, que en un teatro sería el auditorio, aparece un terreno enorme que desciende y en el que hay un lago a mitad de camino y, al fondo, las montañas. Toda la vista está bañada por la deslumbrante luz del sol de mitad del verano.

Al principio no se ve a nadie. Una bandada de palomas vuela un par de veces en círculos con alas llameantes y desaparece en el cielo.

La puerta de la derecha de la terraza se abre y aparecen varias personas. Son hombres y mujeres bien vestidos, de diferentes edades, que permanecen de pie o se sientan a las mesas redondas. Han terminado de comer. Algunos están fumando, otros tienen tazas de café en sus manos. Lo más sorprendente es su silencio. Solo unos cuantos hablan entre sí; los demás parecen abstraídos, o como en suspenso, o como si estuvieran esperando que les dijeran qué hacer. Al cabo de un rato comienzan a caminar despacio, sin

rumbo, a lo largo de la terraza, y uno tras otro desaparecen por la puerta de la izquierda. Una mujer de pelo canoso, que aparenta tener una posición de autoridad, parece estar guiando al rebaño. Organiza un grupo de cuatro en una mesa, en el extremo izquierdo, y les da una baraja de cartas, que uno de ellos reparte con indiferencia.

Un hombre rechoncho, que lleva un traje oscuro, ocupa la silla más cómoda en medio de la terraza. Tiene alrededor de unos cuarenta años, está medio calvo y su rostro es redondo, rojo y alegre. Despliega el periódico y comienza a leer. Hay algo, aunque no resulta fácil decir el qué, que lo distingue de todos aquellos que han pasado con anterioridad. Quizá sea simplemente porque está exento del dominio de la mujer de pelo gris. Él es el Profesor.

Iras un par de minutos se abre la puerta de la izquierda, de donde salen tres nuevas siluetas que tienen una apariencia un tanto furtiva; una pinta, sin duda, de haber escapado a la autoridad. Vacilan cuando ven al Profesor, al que no esperaban encontrarse allí, pero él sonríe por encima del papel y los saluda con un gesto indulgente. Aliviados, pasan por delante de los jugadores de cartas, que levantan la vista hacia ellos con vana curiosidad, para sentarse después en el escalón más alto de la terraza, justo enfrente del Profesor.

Allí permanecen un rato, sin hablar, observando la luminosidad a través de sus gafas de sol. La figura central del trío es una mujer joven de pelo rubio. Va elegantemente vestida con ropa de un color rosa pálido. A su derecha hay un joven con orejas puntiagudas y una mirada de fauno, mitad nostálgica, mitad maliciosa. El hombre que está al otro lado de ella es mayor y tiene un rostro judío triste. Entre los tres se percibe un parecido curioso, y no se debe solo al hecho de que todos sean delgados y elegantes o a que lleven gafas oscuras.

Los jugadores de cartas, después de haber mostrado una vaga curiosidad, y sin tener más interés en lo que está ocurriendo, continúan apáticamente con el juego que les han obligado a jugar, repartiendo y recogiendo las cartas con gestos tan automáticos como los de las agujas de un reloj. El Profesor hace crujir la página del periódico. Los tres que están en los escalones permanecen quietos y parecen obtener, de su proximidad y de su fugitivo

sentido de la huida, algún tipo de consuelo incomunicable.

De repente, una bandada de palomas llega volando desde el lago y da vueltas alrededor de la terraza con sus brillantes, centelleantes, alas. De pronto, como si la visión de esos aleteos les hubiese devuelto a la vida, los tres se levantan del escalón profiriendo un lamentable grito simultáneo.

Es entonces cuando puede verse claramente en qué se basa el horroroso parecido que comparten. Lo que parecía ser una elegancia fina se revela ahora como delgadez extrema; las caderas sobresalen espantosamente por entre las ropas y los huesos de los pómulos se han abierto paso empujando la carne reticente.

Tiran de sus miembros largos, débiles, igualmente delgados, y los mecanismos de sus alargadas articulaciones obedecen y responden con tristeza a los hilos del Profesor que, como si de un sonriente maestro de marionetas se tratase, toma rápidamente el control. Y desde detrás de los tres pares de gafas de sol se deslizan grandes lágrimas sobre las mejillas de la marioneta pintada, que gotean lentamente sobre la terraza de piedra.

II

Tuve un amigo, un amante. ¿O acaso lo soñé? Hoy en día se me amontonan tantos sueños que apenas puedo discernir entre lo que es verdad y es mentira: sueños en los que la luz está presa en cuevas de mineral brillante; sueños calurosos y pesados; sueños de la Edad de Hielo; sueños como máquinas en la cabeza. Me acuesto entre la pared desnuda y la medicina amarga con su poso que aguarda en el diminuto vaso e intento recordar el sueño.

Me veo a mí misma caminando de la mano de alguien, un ser humano cuyo corazón y mente se habían convertido en los míos. Caminábamos juntos por muchas calles, bajo el sol, junto a viejos olivos, por colinas repletas del canto de las alondras, por calles en las que las gotas de lluvia caían de las hojas heladas. Entre nosotros había una comprensión sin reserva y una paz indestructibles. Yo, que había estado sola e incompleta, me sentía llena en ese momento. Nuestros pensamientos discurrían a la par, como dos

galgos que poseen la misma agilidad; estaban unidos, en sintonía como una música perfecta.

Recuerdo una posada en algún pueblo del sur. Una crisis, olvidada desde hace mucho tiempo, había surgido en nuestras vidas. Solo recuerdo las llamas negras de los cipreses agitándose, el cielo tan duro como una plancha azul y mi propia confianza, serena, sólida, totalmente segura. «Todo lo que pueda pasar, mientras estemos juntos, no importa. Bajo ninguna circunstancia vamos a fallarnos, herirnos, hacernos mal alguno».

¿Quién describirá el lento y lamentable enfriamiento del corazón? ¿Qué día observas por primera vez la pequeñísima grieta que termina convirtiéndose en un abismo más profundo que el infierno?

Los años pasaron como los escalones de una escalera que lo único que hace es descender y descender.

No volví a caminar bajo el sol ni a escuchar a las alondras, como fuentes cristalinas, cantando en el cielo. Ninguna mano envolvía la mía en un cálido abrazo de amor. Mis pensamientos estaban solos de nuevo, desintegrados, discordantes: la música se había terminado. Viví sola en algunas habitaciones agradables, sintiendo cómo mi vida se me escurría sin rumbo en las tediosas horas: la vida de una vieja sirvienta se me escapó entre los dedos. Arreglé las flores en los jarrones.

Y aun así, de forma intermitente, lo vi, la compañía cuyo corazón y mente parecían haber crecido dentro de mí en cierta ocasión. Lo vi sin verlo, era el mismo y no lo era. Aún no podía creerme que estuviese todo perdido, sin posibilidad de salvación. Aún estaba convencida de que algún día el mundo cambiaría de color, que el telón se desgarraría y todo volvería a ser como era.

Pero ahora estoy acostada en una cama solitaria. Estoy débil y confusa. Mis músculos no me obedecen, mis pensamientos fluyen erráticamente, como hacen los animales pequeños cuando los arrinconan. Me han olvidado y estoy perdida.

Fue él quien me trajo a este lugar. Me llevó de la mano. Casi logré escuchar cómo se desgarraba el telón. Por primera vez en muchos meses descansamos juntos en paz.

Luego me dijeron que se había ido. Durante mucho tiempo no lo creí. Pero el tiempo pasa y no llegan las palabras. No puedo

engañarme por más tiempo. Se ha ido, me ha dejado y no va a volver. Estaré siempre sola en esta habitación en la que la luz está toda la noche encendida, donde las caras de desconocidos profesionales, sin calor ni piedad, me miran a través de la puerta entreabierta. Espero, espero, entre la pared y la amarga medicina del vaso. ¿A qué estoy esperando? Una pantalla de hierro forjado cubre las ventanas; la puerta de la casa, pese a que la de mi habitación está cerrada, está abierta. Durante toda la noche, el ojo imparcial de la luz me observa. En la oscuridad hay sonidos extraños. Espero, espero, quizá a los sueños, que tan cerca están ya de mí.

Tuve un amigo, un amante. Fue un sueño.

III

Hans sale del ascensor y cruza el vestíbulo de la clínica. Justo al lado de un enorme jarrón de color salmón, donde hay unos gladiolos sobre una mesa, recuerda que se ha dejado la puerta del ascensor abierta. Regresa, la cierra con cuidado, y vuelve a cruzar de nuevo el amplio vestíbulo. Es un hombre pequeño y delgado, bastante joven, con orejas puntiagudas y un pelo negro que le nace en un punto exacto de la frente. Sus ojos marrones, cuya naturaleza pretendía ser amable y traviesa, son en ese momento amables y tristes. Su expresión apenas puede ocultar la ansiedad, que se percibe en los dubitativos pasos de sus resplandecientes zapatos negros. Va elegantemente vestido, aunque de un modo bastante inapropiado, con un traje de ciudad oscuro.

Una mujer con uniforme blanco le da los buenos días desde su escritorio, cerca de la puerta principal. Él responde de forma mecánica, sin verla. Al llegar a la puerta duda durante unos minutos: le resulta difícil pasar del otro lado incluso cuando está abierta. Finalmente, consigue superar su vacilación y sale al exterior. Vuelve a dudar en los escalones, incapaz de decidir qué dirección tomar.

El sol brilla con fervor. Ante él hay una gran extensión de césped, una especie de parque con grupos de árboles y algunas

solitarias y elegantes secuoyas distribuidas por él. No hay nadie a la vista. Son las once y todos aquellos pacientes que están lo suficientemente bien están trabajando en el taller o en diferentes lugares sobre el terreno.

Hans mira a su alrededor con nerviosismo. Trabajar en el taller también forma parte de su rutina. Alguien, hasta hace unos días, hubiese venido a investigar su ausencia, pero ahora no se le acerca nadie; a nadie parece importarle cómo ocupa su tiempo. Esto le parece del todo amenazante. «Mi hermano ha debido de escribirles para decirles que no puede permitirse tenerme aquí mucho más tiempo. Me echarán del hospital pronto y ¿qué será de mí entonces?»

Suspira y saca de su bolsillo una carta arrugada que ha llevado encima varios días. Es de su hermano, que está en Europa central. No contiene nada más que malas noticias sobre la fábrica de la que depende la fortuna familiar: huelgas, desempleo, el incremento en el precio de la materia prima. Todo el pueblo depende también de la fábrica; todo el pueblo está sufriendo.

Hans suspira profundamente de nuevo y devuelve la carta a su bolsillo, sin doblarla. Saca las gafas de sol y se las pone, escondiéndose de la luminosidad del día, que lo llena de avisos tenebrosos.

Le cambia la cara de repente. Viene hacia él, en bicicleta, una chica de unos veinte años. Es la profesora de gimnasia con la que, hasta hacía unos días, Hans había estado manteniendo un tranquilo flirteo. Ahora se siente demasiado ansioso como para pensar en ligar, aunque admira inmediatamente el precioso bronceado dorado de sus brazos y piernas descubiertos. Colgado del manillar lleva un traje de baño negro.

«¡Cómo me gustaría que me pidiese que fuese a nadar con ella!», piensa en silencio mientras su rostro muestra una sonrisa de deseo anticipado. No es que él quiera realmente nadar en el lago; lo que anhela en ese momento, por encima de todas las cosas, es reírse, tener compañía, que lo acompañe una voz amiga.

La chica ya está junto a él; su pelo grueso y rizado se hincha como lana bajo el sol. La gravilla cruje, vuelan partículas insignificantes por el roce de las ruedas; hay un saludo, una sonrisa resplandeciente y un zumbido. Ella ya se ha ido.

Hans se queda allí de pie un momento, observando cómo se marcha la profesora de gimnasia. Desaparece poco a poco la sonrisa de su cara y comienza a caminar. Su deambular lo lleva, como era de esperar, en dirección al taller. De camino pasa junto a la huerta, donde están trabajando varios pacientes. Dos de ellos, con monos azules, escardan en la tierra seca bastante cerca del camino que está recorriendo. El hombre que está más cerca, que parece un jardinero, es en realidad un enfermero que está controlándolos. Hans se detiene a observar a aquellos trabajadores, que no le devuelven la mirada. La tierra está agostada, es una ardua labor, el sudor les corre por la cara. Los dos hombres no se hablan entre ellos ni tampoco parecen felices; aun así, Hans, que detesta el trabajo duro, casi envidia sus puestos dentro del orden establecido de la vida institucional en la que ahora siente que es un extraño. Sigue deambulando y pasa al lado de otro hombre que está recogiendo moras. Las zarzamoras han crecido por unos cables y el paciente está de pie, de espaldas a Hans, tratando de llevar a cabo la espinosa tarea, escogiendo las moras cuidadosamente y poniéndolas en una cesta. A Hans le gustaría hablar con él pero le detiene ver la indiferencia del hombre vuelto de espaldas, por lo que continúa caminando en silencio, mirando abstraídamente el camino.

Sus pensamientos vuelven a su habitual patrón de infelicidad: los problemas de dinero, la mala salud, la inseguridad. Vuelve a tocar con los dedos la carta de su bolsillo. Sí, la pobre vieja fábrica está en verdaderos problemas; quizá, incluso, en las últimas. ¡Su padre tendría el corazón roto! Menos mal que el buen hombre no vivía para ser testigo de tiempos tan terribles. Pero ¿qué hay de la empresa de Hans, el pequeño negocio privado que ha construido a base de mucho esfuerzo? Intenta dar, por centésima vez, con el motivo por el que no ha sabido de su socio desde hace tanto tiempo. Ha pasado más de un mes desde la última vez que le escribió. «¿Estará enfermo? ¿Está dándome una puñalada por la espalda? ¿O en realidad me ha escrito y no me han entregado las cartas porque contienen malas noticias? Debería ir y averiguar qué está ocurriendo realmente. Acudir de inmediato, mañana. Si espero puede que sea demasiado tarde». Pero el simple hecho de pensar en hacer solo un viaje largo en tren, o de hablar con extraños, incluso de concentrarse en problemas de negocios, es demasiado para el

pobre Hans. «No puedo hacerlo. En mi estado no deberían esperar eso de mí. Estoy enfermo: no puedo dormir, no puedo comer, no puedo tomar decisiones. Ni siquiera puedo ya pensar con claridad». En un gesto desesperado se acaricia su pelo negro con la mano, se quita las gafas unos segundos y después, deslumbrado, vuelve a ponérselas rápidamente.

Ya ha llegado al taller, de donde sale un confuso bullicio de actividad. Alguien martillea en la zona del carpintero. Una máquina, en otro de los espacios, hace un leve sonido, como el de una avispa. Los distintos talleres van a dar a una galería que está a cierta altura respecto al camino que Hans está recorriendo, pero si mira hacia arriba puede ver las caras de la gente que está cerca de las ventanas y las puertas. Saluda con la cabeza a varios de ellos. Están ocupados encuadernando libros o trabajando la piel o haciendo cestas. El funcionario a cargo del taller se asoma un momento a la galería para desearle a Hans un buen día. Él se comporta como si le pareciese bien que Hans estuviera dando un paseo por allí cuando todos los demás pacientes están trabajando duro. La actitud de este supervisor le confirma a Hans sus peores temores y se retira de inmediato.

En la última puerta abierta hay una chica sola, sentada y trabajando en un dibujo que hay sobre un caballete. «¡*Hullo*, Hans!», le grita amigablemente.

Él se detiene y se apoya contra el muro de piedra de la galería. Le gustaría saber qué está dibujando pero el esfuerzo que necesitaría para hacerlo es demasiado grande y se queda donde está, mirándola con melancolía.

«¿Por qué vas siempre vestido con ropa oscura?», le pregunta ella. «Pareces acalorado, lúgubre, como si fueras a un funeral o a una reunión de trabajo deprimente».

«Bueno, ya sabes, funciona así», empieza a explicar, mientras nota la piedra caliente sobre las palmas de sus manos; «nunca sabía qué ponerme. Todas las mañanas, cuando empezaba a vestirme, ponía todos mis trajes en fila, y quizá tardaba media hora, a lo mejor más, en tomar una decisión. Me pasaba lo mismo con los zapatos, con las corbatas, era realmente horrible. Ni te imaginas lo mucho que me preocupaba ese asunto tan absurdo. Así que al final di con un plan para evitar tener que decidirlo. Todos los días me

pongo el mismo traje. Este es el que llevaba cuando nos llevaron a aquel concierto en Ginebra. Me lo he puesto desde entonces».

La chica no dice nada más. No ve su expresión desolada. Puede que no le interese; quizá en ese momento su cuadro la tiene absorta o, simplemente, haya caído en un ensimismamiento.

Hans se va. De repente, se siente celoso, resentido. «Ella está bien, no está ni la mitad de enferma que yo, ni de lejos. Y aun así puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera mientras que a mí me obligarán a enfrentarme al mundo en un día o dos».

Hasta ahora ha estado perdiendo el tiempo, pero acaba de tomar una decisión y comienza a caminar con rapidez. Va a enviarle otro telegrama a su socio y esta vez va a redactarlo de tal modo que le obligue a dar una respuesta. Así que se encamina hacia la polvorienta vía pública que lleva al pueblo. No tiene nada que hacer allí pero ¿qué más da? Lo ha hecho muchas otras veces y, de todas formas, últimamente a nadie parece importarle lo que haga.

Pronto va a dar con la calle de las casas humildes, bastante escuálidas, cerradas a cal y canto contra el calor. La mayoría de las viviendas están construidas en una sola pieza, junto a sus vaquerizas o establos. Enfrente de una hay una enorme montaña de estiércol humeando al sol. Todo ello, el penetrante olor a estiércol, el calor, la rápida caminata, hace que Hans se sienta mareado durante unos segundos. Se queda quieto, de pie, inclinando la cabeza y mirando sus zapatos, ahora blancos como los de un vagabundo por culpa del polvo. Se desabrocha la chaqueta con cierta torpeza. Llama su atención una pequeña rotura en su camisa. «Pero si llevo harapos, ¡todo harapos! Lo próximo que me espera es la miseria», murmura más bajo que el sonido de su respiración, con una especie de sorpresa leve y apesadumbrada.

Ahora se encuentra en la oficina de correos. Se recompone y entra. La sala vacía huele un poco a rancio, por la tinta seca; justo al otro lado de la ventana, unas gallinas zarrapastrosas y cadavéricas están picoteando dentro del cercado de una malla de alambre cubierta por una enredadera de campanillas. Hans observa con desagrado todos los detalles de aquel lugar que le resulta ya bastante familiar. Aparece el jefe de correos. Es un viejo y barrigón campesino de pelo canoso. Con cuidado y pensándolo mucho, Hans escribe su mensaje y le entrega el telegrama por encima del

mostrador.

Al marcharse el joven, el jefe de correos se queda un rato de pie, sosteniendo el telegrama contra su gigantesca tripa y mirando hacia la puerta, como si medio esperase que el remitente volviese. Después, de un modo metódico, se dedica a romper en trozos pequeños el formulario hasta que no queda nada más que un puñado de tiras que lanza descuidadamente por la ventana abierta. Las gallinas, con ojos avariciosos, acuden corriendo con sus fuertes y escamosas patas para picotear los fragmentos rotos. Pero descubren de inmediato que los trozos de papel no son comestibles, los abandonan con asco y prosiguen con su poco beneficioso periplo por la dura tierra.

IV

Un hombre mayor y su mujer están de pie en la oficina del psiquiatra. El marido es un hombre grande y alto que ha empezado a encorvarse un poco. Su cara es seria y prominente; tiene el bigote gris y bolsas bajo los ojos. Lleva en su ojal un lazo rojo y estrecho. Tiene una complexión bastante delgada para su edad y es obvio que está acostumbrado a ostentar una posición de autoridad. Su esposa, por el contrario, tiene una apariencia anodina e insustancial. Nada más verla te das cuenta de que ha estado dominada por el marido desde su boda y que, antes de él, lo estuvo por sus padres.

Es un día caluroso de verano, justo después del mediodía. La reunión ha terminado. El psiquiatra se levanta desde detrás de su escritorio. Es tan alto como su visitante, pero es guapo, delgado y está en la flor de la vida; tiene el pelo grueso y rizado, bastante largo, que comienza a estar cada vez más veteado de gris. Lleva un precioso traje gris y zapatos marrones y blancos. La estancia es grande, noble, con muebles caros, pero es bastante oscura por culpa de las cortinas que cuelgan frente a la puerta acristalada. Puede apreciarse un olor a agua de colonia Royale Ambree que emana del psiquiatra. Da la sensación de que se ha pretendido crear una atmósfera ligeramente misteriosa, con la intención de impresionar a los visitantes. Hay flores y una serie de cuadros grandes, sombríos y

alegóricos.

La pareja se mueve despacio hacia la puerta. La mujer está angustiada y se niega a marcharse. Hay algo que quiere decir pero el ambiente de la estancia y el médico, que la mira como si fuese un actor de cine, la intimidan. Se atreve, finalmente, a formular la pregunta.

«¿No podría verla, doctor, al menos un minuto antes de marcharnos? Hemos venido hasta aquí y ha pasado tanto tiempo desde la última vez que la vi…» Su voz, tal y como cabía esperar, es humilde y tímida. La pobre señora está cansada de viajar y mientras está ahí de pie, nerviosa, sujetando su bolso de mano negro e informe y mirando fijamente al médico con ojos suplicantes, está a punto de echarse a llorar.

«Mi querida señora, sería un tremendo error. Entristecería a su hija y probablemente sufriría una recaída. Lo lamento muchísimo pero debemos tener en cuenta los intereses de nuestros pacientes por encima de todas las cosas, ¿no cree? Le aseguro que se ha adaptado de manera muy satisfactoria y que estoy muy contento con su progreso; los médicos, además, me han hecho llegar muy buenos informes sobre ella. Puede dejarla en nuestras manos con total tranquilidad. Está bien y contenta, y se ha acostumbrado de forma extraordinaria a nuestra vida comunitaria».

Su sofisticada voz suena más suave que la seda, pero la madre apenas ha escuchado la última parte del discurso. Lo único que ha sacado en claro es que no se le permite ver a su hija estando tan cerca de ella como está, incluso quizá a unos metros, escondida detrás de todas esas barreras invisibles de autoridades y disciplinas médicas. Se le nublan los ojos por las lágrimas, ya no puede ver con mucha claridad dónde va; pero no le importa porque su marido la agarra del brazo y la guía con firmeza hacia la puerta.

«Debemos confiar completamente en los consejos del médico», le está diciendo. Y después escucha cómo él rechaza la invitación para comer en la casa privada del psiquiatra. «Mil gracias, pero no. Debemos llegar puntuales para coger el expreso desde Lausanne».

Camina temblando por el pasillo pulido, cogida del invencible brazo de su marido. No ve al ayudante de bata blanca que los está escoltando. Se siente muy vieja y a pesar del calor que hace tiene frío. Frente a ella, en ese momento, no queda nada más que el

tedioso y agotador viaje en tren que los devolverá a su casa vacía.

El psiquiatra se siente aliviado por haberse librado de los viejecitos. Creía que tendría que entretenerlos durante la comida. Tan pronto como deja de escuchar el sonido del coche que los aleja, abre una ventana y luego sale a dar una vuelta bajo el sol. Su casa está cerca, a orillas del lago. Mientras camina hacia ella todos los que pasan junto a él saludan y admiran al médico elegante, inteligente, exitoso y gallardo que camina con andares gráciles y atléticos.

Mientras tanto, *mademoiselle* Zèlie se está preparando en su propia habitación para almorzar. Es una chica de unos veintipocos años, rolliza y pesada, que tiene el aspecto de una niña tremendamente hinchada. Su cuerpo parece difícil de manejar, como el de una niña pequeña, y su rostro refleja una simplicidad infantil que incluye cierta malicia. El cutis, pálido, parece insano, y su pelo necesita un lavado. Tiene, en general, un aspecto bastante desaseado: sus medias están arrugadas; en su espalda, entre la tela blanca de su falda y su blusa de lunares, hay un hueco. Su enfermera, que está sentada junto a la ventana, bordando, la mira de repente, da un salto y le arregla la ropa con impaciencia.

«¿Cómo es posible que no pueda mantenerse bien vestida, *mademoiselle*?», le dice en tono reprobatorio. «Le pongo bien la ropa y al cabo de dos minutos vuelve a tenerla hecha un desastre. Y también su pelo, aún no se ha peinado. Y sus manos. ¿Se las ha lavado para comer? Déjeme ver. No, por supuesto que no. Vaya ahora mismo, fróteselas bien con un cepillo; tiene las uñas bastante negras». Y empuja ligeramente a la chica hacia el cuarto de baño.

Zèlie, obediente, abre los grifos. Mira con desagrado a su compañera mientras el agua corre por el lavabo. Es una enfermera nueva; sus enfermeras anteriores nunca se han quedado mucho tiempo con ella. «¿Por qué me fastidia de este modo?», está pensando. «Estar junto a una de esas estúpidas criaturas todo el rato, día y noche… Escuchando sus estúpidas voces sin parar… Mujeres del campo, además, que no entienden nada… Es insoportable. Si al menos viniese mi madre… Si pudiese decírselo al menos… Ella nunca lo permitiría».

Ahí de pie, con las manos bajo el agua, se ha olvidado prácticamente de lo que se supone que debería estar haciendo. La

enfermera llega con la expresión de alguien que se está controlando en unas circunstancias exasperantes; cierra el grifo, le da una toalla y le arregla el pelo rápida y eficientemente. «Así, ya está; deberíamos darnos prisa. Ha sonado el timbre, ¿no lo ha oído?»

Zèlie se alegra de ir al comedor porque le gusta comer. Pero ese día se lo han estropeado por el hecho de que la han colocado junto a un joven italiano al que detesta. Mientras se sienta entre él y su enfermera, mira de soslayo, como sospechando del joven melenudo y de ojos estrechos que se burla de ella y que la confunde con sus maliciosos trucos.

Hoy parece que va a dejarla en paz. No dice nada en absoluto hasta después de que hayan comido y les hayan retirado el primer plato. Entonces, justo cuando los camareros colocan los nuevos platos con un ruido apagado, se inclina hacia ella y le susurra al oído: «¿Y cómo estaban hoy su madre y su padre, *mademoiselle*?».

«¿Mi madre y mi padre? No han estado aquí». Mira perpleja, aunque con desconfianza, a esos ojos sin brillo.

«Oh, sí, ciertamente; estuvieron aquí esta mañana. Estaba en el pasillo cuando salían del despacho del psiquiatra. Estaba despidiéndose de ellos. Los vi y escuché su nombre con bastante claridad». El chico italiano parece que está interesado únicamente en su comida pero, en realidad, es todo atención, está siempre alerta.

Zèlie toma un bocado de ternera de su plato. Entiende, de repente, el significado de lo que le acaban de decir: la insinuación implícita en las palabras se cierne sobre ella. Deja caer su cuchillo y su tenedor. «Mi madre ha estado aquí… Y se ha marchado… ¡Sin verme!»

Su silla está en el extremo más cercano a las grandes puertas dobles. Las puertas están prácticamente detrás de su silla. Solo tiene que levantarse, dar dos o tres pasos y estaría fuera del comedor. Todo, durante unos instantes, está en el aire. Los camareros están de pie con sus platos. No ha habido ruido ni alboroto: nadie parece haberse dado cuenta de lo que ha ocurrido hace un momento. Entonces, la enfermera de la chica se levanta y la sigue. Hay otras personas en el comedor, aquí y allá, que se levantan y se van. El joven italiano se inclina sobre su plato. Tiene la boca llena de comida que su mandíbula mastica con solemnidad. Pero un regocijo

endiablado asoma en las esquinas de sus ojos: está feliz.

Zèlie corre por el vestíbulo hacia el despacho del psiquiatra. La puerta principal de la clínica está completamente abierta y sus perseguidores asumirán, como es lógico, que ha salido por ahí. No va al despacho con la idea de escapar sino simplemente porque el italiano ha dicho que había visto allí a su madre. El despacho está vacío, claro, pero las puertas acrisoladas aún están abiertas, tal y como las había dejado el médico, y Zèlie sale por ahí. Se encuentra entonces en un jardín que desciende hacia un bosque de pinos. Baja corriendo la cuesta, de un modo torpe, trastabillándose y tambaleándose con sus zapatos de tacón que no le encajan bien. A ella siempre le cuesta mucho correr por el bosque porque las pinochas son resbaladizas y las raíces traicioneras continuamente la hacen tropezar. Está en baja forma y enseguida se siente exhausta. Su respiración produce un gemido doloroso en el bosque silente; los latidos de su corazón suenan altos y continuos, como los de una cascada; su rostro, cubierto con el pelo alborotado, está empapado de sudor; ha perdido uno de sus zapatos y está completamente desaliñada. No sabe por qué ni hacia dónde está corriendo. Una palabra, «¡Madre! ¡Madre!», sigue resonando en su cabeza.

De repente, se ve reducida. Una alambrada de casi cuatro metros de altura y tan resistente como para encerrar a una manada de bestias salvajes, marca los límites de la propiedad. Zèlie corre tan descontroladamente que no ve la alambrada y se estrella contra ella. Sus manos golpean contra la afilada malla, su extraño cuerpo se tambalea y cae al suelo. Yace desplomada sobre la pinaza, bajo los indiferentes árboles. La delicada armonía del bosque, que su torpe intrusión ha roto, se restablece poco a poco. Una tórtola comienza a arrullar sobre su cabeza. Ese agradable sonido del verano, que cuando era niña siempre le recordaba la máquina de coser de su madre, es más de lo que Zèlie puede soportar. Se le rompe el corazón, coge puñados de afiladas pinochas que le perforan la carne, mientras que de sus gruesos labios, embadurnados de saliva y carmín, sale un sonido desconsolado y agudo que pronto dirige hacia sus perseguidores.

V

Es bastante pronto, poco más de las siete; es una maravillosa mañana de verano. El cielo es de un azul pálido, sin nubes, sereno y suave, como un arco inmenso, nada impresionante pero lleno de benevolencia y protección. El lago, tranquilo, es cárdeno y parece medio sólido, como si pudieras caminar sobre él. Las montañas repliegan sus adustas caras detrás de diáfanos velos de niebla. En la primera cuesta de la ladera, sobre el lago, el edificio principal de la clínica se eleva bañado por la clara luz del sol; una elegante mansión con flores en los balcones y una terraza con columnas al frente. Todo está tranquilo, pacífico y reconfortante. En un empinado campo de heno, por encima de la carretera, algunos jornaleros ya están trabajando con sus guadañas, moviendo rítmicamente sus torsos bronceados y desnudos que relucen como estatuas. Un coche viene por la vía rápida desde el pueblo y gira con suavidad hacia la carretera privada en dirección a la clínica. Se detiene frente a la entrada principal, que está en penumbra, en el lado del edificio contrario al lago. Ahí el aspecto del nuevo día es menos reconfortante, quizá debido a la oscuridad que genera la sombra de la gran casa y a los enormes árboles negros que señalan con severidad hacia el mundo exterior.

Bajan del coche un hombre y una mujer jóvenes. Han estado viajando toda la noche. El hombre, de unos cuarenta años, es bastante bien parecido, al estilo de un fuerte emperador romano; joven para su edad, a pesar de que no se ha afeitado y de que tiene una expresión atormentada. Posee la indescriptible, casi imperceptible, falsa apariencia de alguien que es externamente amigable y amable, pero interiormente estéril y egocéntrico. Es grande y está, tras el viaje, un poco desaliñado. La mujer, que es varios años más joven que él, está al borde del colapso y tienen que ayudarla a subir las escaleras hacia la clínica. Aun así, se las ha arreglado para mantener una imagen bastante normal. Su vestido verde está en orden, su pelo rubio está perfectamente peinado, tiene el rostro empolvado y los labios pintados; probablemente dedicó su último impulso a prestar atención a esas cosas. Ni habla ni mira a su alrededor, dejándose guiar pasivamente hacia una habitación con vistas al lago, donde brilla el sol y donde hay un gran jarrón con antirrinos sobre una mesa redonda. Es entonces cuando se hunde en

el sofá. Tiene las pupilas dilatadas, solamente ve como un borroso brillo afligido y apenas es consciente de lo que está ocurriendo. El hombre se sienta en una silla cerca de ella y golpea nerviosamente con sus gruesos dedos sobre la mesa. Ninguno de los dos pronuncia palabra alguna.

Una chica con uniforme blanco trae la bandeja del café. Tiene una imagen atractiva y fresca y mira con curiosidad a los desconocidos y agotados viajeros, especialmente a la mujer, que en ese momento parece estar a punto de perder el conocimiento por completo y de caerse del sofá al suelo. La asistente le habla, le sirve una taza de café y le pone un cojín bajo la cabeza. Con un esfuerzo colosal vuelve a la vida, lo suficiente como para balbucear un comentario medio audible mientras se cubre los ojos con la mano. La enfermera se acerca a la ventana y corre las cortinas discretamente; después, y antes de salir por la puerta, echa un último vistazo. En la habitación ya solo queda una penumbra acuosa, verde, estriada con tiras de luminosidad. El hombre, en un silencio inquebrantable y, por así decirlo, sombrío, aprensivo y despiadado, sorbe el café caliente, dedicándole de tanto en tanto a su acompañante una automática mirada de ansiedad que esconde, en realidad, una especie de resentimiento. La otra taza de café permanece intacta y humea lentamente sobre la mesa.

El psiquiatra llega tras unos minutos. Aunque es muy temprano, se presenta totalmente impoluto y su persona exhala un aire de eficiencia fresca y vital. Estrecha la mano de su visitante, que se levanta para saludarle y vuelve a hundirse en la silla inmediatamente después. Tras ello, el médico se dirige hacia la mujer rubia y le toma una de sus débiles manos. Al principio hay un intercambio de comentarios entre los dos hombres. El visitante describe brevemente ciertos detalles médicos sobre los que el doctor ya había sido informado por correo. El gran hombre habla del mismo modo titubeante en el que lo haría alguien que se obliga a sí mismo a hablar de un tema que le genera, subconscientemente, repugnancia. A menudo, tiene problemas para terminar alguna frase y da la impresión de que su atención fluctúa, que desea distanciarse de todo ello. El psiquiatra, aunque le escucha con atención, se da cuenta de que el otro, incapaz o reacio a reconocer su responsabilidad, no dirá nada de valor, y sus ojos negros se desvían

continuamente hacia la mujer, que calla al otro lado de la estancia. Finalmente, se dirige a ella:

«¿Así que cree, señorita, que le gustaría quedarse en mi clínica?»

Ella, que parecía ajena a la conversación, ante la pregunta directa reacciona de forma inesperada. Abre los ojos de par en par y aparece en su rostro una especie de torsión, como si fuese a llorar o incluso suspirar, caso de tener fuerzas suficientes. Se sienta mejor en el sofá, contrae las manos y su voz, mientras contesta, también resulta inesperadamente fuerte:

«No, yo nunca quise venir. Me han obligado, me han traído aquí en contra de mi voluntad».

No puede evitar el intenso tono hostil de su voz, resultado de la histeria, de una extenuación emocional absoluta, quizá incluso de la desesperación; está dirigido a su propia neurosis y a toda una cadena de eventos que han ocurrido previamente, y no hacia el hombre que le habla ahora dedicándole una sonrisa. Pero él, puesto que son forasteros y unos extraños, y porque los tres pertenecen a grupos etnológicos fundamentalmente antipáticos entre sí, se siente un tanto picado y descontento. Sin embargo, continúa sonriendo mientras dice, con una suavidad inmutable:

«Quizá le gustaría descansar aquí unos minutos. Hay varios temas que quiero discutir con el señor».

Una vez sola, la joven mujer recae en un estado de absoluta inactividad y su pelo se esparce sobre el cojín marrón. No se mueve, apenas parece respirar; solo cada largos intervalos surge un suspiro profundo y roto de sus labios pintados; sus ojos grises, distraídos y descentrados, abiertos, observan la agradable habitación como lo harían los de alguien que está perdido, los de una persona amnésica o que, incomprensiblemente, ha sido encarcelada en tierra extraña.

Los dos hombres se ausentan durante bastante rato, al menos media hora, pero ella no se da cuenta. Para ella es como si se ausentasen toda la mañana, no cambiaría nada; las drogas y el agotamiento han destruido su percepción del tiempo. No está dormida pero tampoco está despierta, en realidad. Vagas fantasías, la mayoría de ellas desagradables, ocupan su mente hundida.

El hombre grande vuelve ahora con una enfermera. El médico ha transmitido el mensaje de que lo han requerido en otro lugar, pero que a lo largo de la mañana visitará a su nueva paciente.

Ayudada por los otros dos, la mujer joven recorre lentamente el ancho pasillo. A esa hora el edificio parece mostrar síntomas de vida. Unos cuantos pacientes, acompañados de un ayudante, vuelven del gimnasio. Algunos de ellos miran con curiosidad a la víctima rubia, que pronto se convertirá en su compañera, y que no devuelve la mirada; es más que probable que ni siquiera los esté viendo. El hombre que va con ella está claramente incómodo; camina con el ceño fruncido y mordiéndose las uñas, buscando seguridad en una conversación con la tranquila y objetiva enfermera del uniforme blanco.

Se encuentran ya en la habitación. La enfermera va en busca de su equipaje. La otra mujer, con sus últimas fuerzas físicas mermadas por el postrero esfuerzo realizado, cae sobre el borde de la cama y está presente a medias; solo una especie de masoquismo mecánico la mantiene erguida. A su acompañante, aunque no sabe por qué, le irrita su postura.

«¿Por qué no te tumbas mejor y te pones más cómoda?», le pregunta, conteniéndose el enfado y manteniendo un tono de voz bajo.

No contesta, pero algo —quizá la visión de las nubes blancas que en ese momento, como los niños de un coro, como serafines, se mueven a través del cielo en una ordenada procesión— hace que le coja la mano.

«Ahora sí que me voy a poner mejor… Todo irá bien, ¿verdad?», dice, incoherente, buscando en él un poco de consuelo, algo que no está en su poder darle.

Él se mueve de forma extraña, con el ceño fruncido y mordiéndose las uñas de la mano que le queda libre.

«Sí… por supuesto… te pondrás mejor». Lo único que quiere es ser libre, marcharse a donde sea, lejos de esta situación intolerable para su irresponsable corazón. Pero, de repente, se agacha y la besa en la mejilla. Sorprendida, parece salir de su trance; se siente conmovida, agradecida, animada; por un segundo parece volver a ser quien era. Incluso ahora, en el último momento, lo recordará todo; caminará y saldrán juntos al sol. Ella empieza a hablar para ponerse en pie pero él le suelta la mano y se dirige hacia la puerta.

«¿Te vas?», le pregunta decepcionada. Él murmura algo mirando hacia otra parte. «Pero ¿volverás pronto?»

«Sí, por supuesto. Cuando estés acostada».

Sale de la habitación. Ella se sienta al borde de la cama, como suspendida y casi sin vida después de que se haya marchado el breve entretenimiento, que la ha dejado más vacía de lo que estaba anteriormente.

De pronto, escucha el motor de un coche que arranca fuera. Desde donde está sentada puede ver a través de la ventana, cubierta con volutas de hierro, una parte de la carretera por la que un coche ha comenzado a moverse. Reconoce que es el mismo que les ha traído desde la ciudad, pero su mente, en cambio, no saca ninguna conclusión de eso. De repente, ve en el asiento trasero al hombre que la había acompañado. Sin embargo, incluso en ese momento, lo único que siente es desconcierto, estupefacción. ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué está él en el coche? Su maleta está en el asiento de al lado y, por algún motivo, la visión de la maleta, que ella misma le regaló hacía unos años, la convence de la verdad.

«Me deja aquí. Se va… Sin decírmelo… Sin decirme siquiera una palabra. Cuando me besó era un adiós».

Alguna reserva final y desesperada de energía nerviosa le permite correr hacia la puerta. «Debo ir con él, debo detenerlo, ¡no puede dejarme así!», grita en la habitación vacía. La puerta está cerrada por fuera. Gira el pomo y golpea el panel de cristal. El cristal es irrompible y una barra de hierro no conseguiría más que astillarlo. Sin embargo, continúa golpeando débilmente el cristal con sus dos manos mientras las lágrimas corren por su desencajado rostro.

Una ayudante que pasa por el pasillo mira sobresaltada su convulsa cara y sus ojos salvajes, perdidos y llorosos, y se marcha corriendo en busca de alguien con más autoridad.

VI

Es temprano, por la mañana, y nos encontramos en una de las habitaciones de esta clínica extranjera. La habitación vacía tiene la indefinible y desoladora atmósfera de un lugar que su ocupante habitual acaba de abandonar. La puerta que da al pasillo permanece

abierta y, en la mesa junto a la cama, hay una bandeja con los restos del desayuno. La habitación es bastante grande, tiene suelo de parqué y muebles de madera pálida de buen tamaño; aunque no podría describirse como lujosa, sin duda es cómoda y agradable. De cualquier forma, hay algo un tanto extraño, un tanto inquietante en ella. Sería difícil dilucidar el origen de esa impresión, quizá tenga algo que ver con el hecho de que no haya ningún gancho en ningún sitio, con que todas las paredes estén desnudas, lisas, y la lámpara eléctrica esté protegida por una pantalla de alambre. La gran ventana también está cubierta por una verja de hierro forjado que, si bien es decorativa, de algún modo sugiere un propósito funcional. Justo en ese momento la habitación está fresca, incluso helada, pese al hecho de que estemos a mitad del verano. Afuera hay una gruesa capa de niebla blanca de montaña.

Una joven campesina, que viste un uniforme, corre por el pasillo llevando consigo la bandeja del desayuno y después vuelve con los utensilios de limpieza. Tendría diecinueve o veinte años; es grande, fuerte, bastante huesuda, y tiene un rostro poco agraciado, con una nariz grande y el pelo recogido en una coleta muy tirante. Todos sus movimientos son torpes pero vigorosos. Se arrodilla en el suelo, saca un trozo de alguna sustancia gruesa y grasienta de una lata y empieza a pulir enérgicamente los tablones. Mientras trabaja tararea para sí una desentonada y larga canción popular. Ha trabajado duro toda su vida, está llena de una energía ilimitada; le gusta ver cómo la suave madera brilla bajo su paño, como el agua; es feliz.

En poco tiempo el suelo reluce, como si lo hubiesen preparado para un baile, pero aún queda la cama por hacer, así como quitar el polvo de los muebles. Se lava las manos en el lavabo y se las seca con un paño especial antes de hacer la cama; después le quita el polvo al tocador, mirando con curiosidad sana las decorativas cajas de polvos y maquillaje, el perfume en su frasco fino.

Antes de que termine, la ocupante de la habitación vuelve de su baño. Tiene como diez años más que la joven campesina, de quien resulta ser la antítesis más absoluta; ambas servirían como ejemplo de productos opuestos de la sociedad. La recién llegada está extremadamente delgada y es hermosa de un modo sofisticado. Su considerable pelo rubio, largo, suavemente ondulado, su bata, llena

de los colores de los ciclámenes, que se arrastra por el suelo, le dan cierta apariencia romántica que no desmienten ni sus ojos tristes, ni las impostadas dureza e indiferencia de su rostro, que no esconden la desolación.

Le da los buenos días y después deja descuidadamente sobre la cama la esponja, el jabón, la esencia que se ha traído del baño, y se dirige a la ventana donde se queda mirando hacia afuera, a la niebla que lo esconde absolutamente todo tras su velo triste, opaco e incoloro. La joven campesina se apresura a quitar las cosas de la cama y deja los objetos en el lugar que les corresponde. Cuando termina su trabajo no deja de mirar a la mujer, que permanece de pie, tan quieta, sin mirarla, como si estuviera en otro mundo. La bata de ciclámenes ha encandilado por completo a la espectadora. «Qué maravilloso debe de ser vestir una bata así», piensa en su candoroso corazón. «Parece un ángel, con el pelo cayéndole tan brillante», y se toca su anodina cabeza con una especie de sorpresa.

«La habitación ya está hecha», dice detenida y tímidamente en ese mal francés que habla con dificultad.

La mujer, frente a la ventana, no contesta, no hace ningún movimiento en absoluto. Quizá no ha entendido, quizá no la ha oído.

La otra saca sus escobas, sus paños, sus abrillantadores y lo deja todo en el pasillo. Después vuelve y deambula un rato entrando y saliendo por la puerta de la habitación. Sabe que debería volver al trabajo, que debe darse prisa y meterse en la siguiente habitación y empezar a pulir el suelo en vez de estar perdiendo el tiempo; pero, por algún motivo, no soporta marcharse sin recibir una respuesta de aquella figura inmóvil cuyas manos están agarrando en ese momento las volutas de hierro forjado.

«No se quede ahí, señora», dice con su habitual extráñela, «cogerá un resfriado. Déjeme que le cierre la ventana». Atraviesa la habitación y logra alcanzar el cristal, rozando la manga de la otra al hacerlo. El contacto físico rompe el hechizo de la abstracción de la mujer mayor y esta vuelve la cabeza. La sirvienta se horroriza al ver sus ojos bañados en lágrimas que lentamente, y sin forma de ocultarlas, se deslizan por sus mejillas.

«Oh, señora», tartamudea, «¿qué le ocurre? No llore…»

Sin ser apenas consciente de lo que hace, le afloja los dedos

contraídos y fríos, helados por el contacto prolongado con el metal enrejado, y la aleja de la ventana. La mujer rubia cede pasivamente, como un niño, sin palabras; una emoción excesivamente violenta o dolorosa, que ha soportado demasiado tiempo, parece haberla privado de toda su vitalidad. Asemeja ser una silueta mecánica pero las lágrimas continúan su silenciosa lluvia, y allí donde caen, sobre la seda purpúrea, dejan surcos negros. De repente, se tropieza con el dobladillo de su larga bata, y se hubiese caído de no haber sido por los fuertes y jóvenes brazos que la sujetan al borde de la cama. Esta patética pérdida de dignidad en alguien tan lejano, tan perfecto, es demasiado para la joven campesina, que ya estaba emocionada por esas lágrimas incongruentes.

Ignorando la diferencia de estrato social, dejando a un lado la posibilidad de que la vean, olvidándose incluso de su trabajo, abraza a ese ser infeliz como abrazaría a un niño herido en su pueblo natal, al tiempo que le murmura inarticulados sonidos de consuelo. La otra, que hasta ahora había permanecido testaruda, enfrentándose a sus iguales con una cara de desdén inmutable, puede permitirse relajarse un poco en ese tosco abrazo. Es como si encontrase consuelo en una empatía infrahumana, en las silenciosas caricias de un perro cariñoso.

«¿Por qué estás siendo tan amable conmigo? ¿Qué estás diciendo? ¿Qué idioma es ese?», pregunta con detenimiento, vagamente, fuera de su mundo de irrealidad.

«Es romanche, señora; vengo de los Grisones», contesta la muchacha en francés. El momento está empezando a diluirse, ella comienza a sentirse ya un poco extraña y a ser incipientemente consciente de sí misma. Aun así, sigue rodeándole los delgados hombros con ambos brazos, reacia a retirarle el apoyo. «No llore», dice una vez más. «No sea tan infeliz. No se está tan mal aquí… Y saldrá pronto y volverá a su casa. ¿No puede considerar su estancia como unas pequeñas vacaciones?»

«Estoy aterrorizada… muy sola… y tan lejos de todo», contesta la otra en un susurro, saboreando las lágrimas en su boca. Aún se siente como en un sueño, ajena a la inapropiada situación.

La sirvienta, que comprende muy bien la melancolía, busca en su mente algo con lo que ofrecer consuelo.

«Pero, señora, ¡aquí se está muy a gusto!», exclama; «y la

comida… Ayer le traje espárragos para comer y hoy habrá fresas; lo sé porque he visto a quien las recogía. Y, mire, ¡está desapareciendo la niebla! Pronto brillará el sol».

Justo en ese momento oye a alguien llamándola desde el pasillo; es otra de las jóvenes trabajadoras a la que habrán enviado a descubrir por qué esta mañana las habitaciones le están llevando tanto tiempo.

«Sí, sí, ¡voy de inmediato! ¡Ya voy!», grita. Se pone en pie pero antes de cruzar, torpe y rápidamente la habitación y desaparecer por el pasillo, se agacha y le planta un cálido beso campesino en la húmeda mejilla.

La otra mujer se sienta en la misma posición, sola. Ha dejado prácticamente de llorar y ahora, por primera vez en muchos días, aparece en su rostro el difícil comienzo de una sonrisa.

VII

Justo en la orilla del lago hay una encantadora casa del siglo XVIII. En realidad, es un pequeño castillo con torretas que le dan un aire sofisticado, frívolo y galante, bien dispuesto como residencia para la amante de algún distinguido personaje, para quien fue diseñado originalmente. El edificio se encuentra en excelentes condiciones, la magnolia en flor de su fachada ha sido habilidosamente controlada y podada, y todo indica que la casa es propiedad de un dueño apreciativo y cuidadoso. Solo un observador muy sensible podría percibir en aquel lugar un aire casi indescriptible, no exactamente triste sino privado de algo, del toque del afecto individual, como un niño criado en una institución eficiente en vez de en casa. Las habitaciones tienen un aspecto indefiniblemente impersonal que resulta visible a través de las ventanas, abiertas de par en par a la calurosa tarde de verano.

Entre la casa y el lago hay varias personas tomando el té en el jardín. Están sentadas en grupos, alrededor de mesas redondas, bajo la sombra de los tilos y las altas acacias. Dos o tres mujeres, que actúan en calidad de anfitrionas, parecen animar la conversación, que tiende a flaquear pese a los estímulos, y que tiene un extraño

carácter espasmódico.

Marcel es el centro de su propio grupo. Durante varios minutos ha estado hablador, divertido, feliz, mostrando una sonrisa que aparece y desaparece con facilidad en su boca grande y flexible. La vigilante anfitriona mira con aprobación a ese joven situado frente a ella, vestido con franela blanca, que tan bien está entreteniendo la mesa. De repente, él se da cuenta de esa mirada de aprecio y cambia su sonrisa, pierde su recién lograda espontaneidad y se vuelve cínico, sarcástico.

«Bueno, he sido un buen chico demasiado tiempo», piensa para sí. «Ahora le toca a otra persona».

Mira su reloj, se levanta con una excusa educada y coge la raqueta que estaba cerca de su silla, sobre la hierba. Es hora de ir a su partido de tenis.

La pista en la que se supone que va a jugar está más arriba, en la ladera, cerca del edificio principal de la clínica a la que pertenece esta propiedad. Balanceando su raqueta, Marcel se pasea por los alrededores del pequeño y elegante castillo, que ahora da cobijo a invitados muy diferentes a sus ocupantes originales. Una vez que la vivacidad ha desaparecido de su rostro, se da uno cuenta de que no es tan joven como parecía en la mesa; tiene al menos treinta años, quizá unos pocos más. A ambos lados de su pelo oscuro han aparecido ya trazos de canas, hay arrugas en su expresivo rostro y sus ojos tienen un aspecto ligeramente cansado, con un brillo excesivamente emocional.

Ahí, solo, en el lado más alejado del castillo, sus pasos se hacen más y más lentos hasta que termina deteniéndose. Las campanadas del reloj del establo suenan como cinco lánguidos pájaros flotando en el aire cálido. Debe darse prisa si no quiere llegar tarde. Sabe que debe caminar rápidamente, colina arriba y, sin embargo, se queda quieto, con los hombros caídos y la raqueta colgándole débilmente de la mano. Está sufriendo las consecuencias de su reciente muestra de vivaz sociabilidad. Una expresión amarga y afligida al mismo tiempo ensombrece su rostro; se siente solo, resentido, deprimido. El resto del día se muestra ante él como una triste perspectiva de aburrimiento, como un anodino periódico que se ha leído miles de veces. Piensa con disgusto e irritación en el tenis y en su pareja, la chica pelirroja americana que se enfurruña

cada vez que pierden un partido. Ahora estará esperándolo allí arriba, en la pista, y estará empezando a enfadarse porque llega cinco minutos tarde.

«¡Maldita sea! ¿Por qué tengo que jugar si no me apetece?», murmura para sí. Y, de repente, da la vuelta en el camino que sube a la colina y baja de nuevo hacia el lago, pasando esta vez por el otro lado del castillo, por lo que va a dar a una parte del jardín que está a cierta distancia de los grupos en las mesas. Aunque camina a buen paso no tiene un objetivo en mente; simplemente está expresando una rebelión instintiva contra el soporífero tenis y contra la detestable americana.

El muro bajo que rodea el lago lo sorprende. Se detiene, indeciso, con cierta sensación de frustración, sin saber qué hacer a continuación. Finalmente, se sienta en el cálido muro de piedra, dejando que sus piernas cuelguen sobre el agua. Una aglomeración de matorrales lo oculta de la distante gente; nadie parece haber notado su presencia. Eso hace que se sienta aislado, algo que no es en absoluto agradable para su naturaleza, pero de lo que, sin embargo, obtiene en ese momento cierta satisfacción masoquista. Durante unos segundos observa distraídamente las aguas poco profundas, estancadas, a través de las cuales los bancos de pequeños peces se mueven afanosamente. Aunque el agua es clara tiene una apariencia tibia, corrupta; todo tipo de desechos poco apetitosos se han agrupado en las piedras del lago. Algo negro y delgado, como una anguila en miniatura, aparece en el agua poco profunda y se dirige hacia las piedras de la orilla; es un alga. Marcel mira para otro lado con una exclamación de repugnancia contenida.

Su mirada recae ahora en un bote de remos atracado unos metros más allá. Normalmente el bote está encadenado a un aro de hierro que hay en la pared, pero ahora solo está ligeramente asegurado por el nudo de una cuerda. Vagamente, recuerda haber visto a la profesora de gimnasia desatar el seguro mientras él tomaba el té. Quizá algunos de los pacientes salgan a dar un paseo en el bote. Bueno, eso no le interesa mucho más de lo que le interesa el tenis. Eleva sus ojos anchos, brillantes e inestables y, justo al otro lado de las tranquilas aguas, ve la costa francesa, sus montañas, sus pequeñas colinas rematadas con innumerables álamos.

De inmediato, le vienen a la mente una nueva retahíla de pensamientos. «Ya es hora de que vuelva a casa. Debería volver al trabajo o perderé todos mis contactos. Un abogado no puede permitirse unas vacaciones tan largas, incluso aunque tenga una esposa rica». Intenta recordar cuántos meses lleva en la clínica pero, por algún motivo, no le sale el cálculo y su incapacidad para concentrarse en un tema como el de las fechas incrementa su descontento general. «En este maldito lugar todos los días son iguales; uno pierde la noción del tiempo», piensa, enfadado. Y después: «¿Por qué aún me retienen aquí? Estoy bastante bien. No es que llegase a estar demasiado mal. Había estado trabajando demasiado y lo único que necesitaba era descansar. Ahora estoy en plena forma y, aun así, me retienen, dando vueltas, haciéndome perder el tiempo». Frunce el ceño al pensar en los médicos, en las respuestas evasivas que le dan cuando sugiere establecer un día para su marcha. «Es, por supuesto, una forma de hacer dinero; son todos unos tiburones intentando sacarnos lo máximo que puedan».

Una imagen mental de su esposa se le aparece ante él, una mujer bella y joven, bastante regordeta y maravillosamente vestida de negro, con perlas rodeándole el cuello; es ella la que está pagando su estancia en la clínica. La sospecha atroz que se le pasa a menudo por la cabeza le hace coger una piedra y arrojarla agresivamente al lago, sorprendiendo a los pequeños peces, que continúan con su periplo incesante. «No, es simplemente imposible; nadie puede ser tan retorcido, tan inmoral. No debería permitirme imaginar cosas tan terribles».

Aun así, no puede permanecer por más tiempo sentado y en silencio sobre ese muro, por lo que salta y da algunos pasos inquietos en dirección al bote de remo, al que se sube, golpeando después con el pie el aro de hierro donde está atada la cuerda de amarre.

«Si al menos pudiera saber cómo van las cosas por casa. Si al menos pudiese volver», se dice a sí mismo, admitiendo por primera vez que hay algunos obstáculos que dificultan su partida. La fantasía de poder marcharse es la que le absorbe en ese momento: se imagina haciendo la maleta, subiendo al despacho del médico jefe y exigiendo su dinero, su pasaporte, reservando un coche cama en el tren con destino a París. «Sí, lo haré», dice en voz alta, dos

veces. La primera, con entusiasmo y la segunda, con una convicción que ya ha empezado a menguar. Pero no mueve ni un músculo para llevar a cabo el plan: algo que no puede ni se atreve a reconocer le prohíbe intentarlo siquiera.

Por el contrario, empieza a recordar con nostalgia su vida anterior, la alegría de la ciudad; recuerda su trabajo, a sus amigos, a los que les encantaría verlo de nuevo. Mira a través del lago las montañas de Savoya, su tierra; y le da la sensación de que solo esa insignificante línea de agua, que parece tan perfectamente sólida como para creer que se podría caminar sobre ella, lo retiene de cumplir sus deseos.

Le sobreviene una idea repentina y resulta curioso observar el rapidísimo cambio de expresión que ha habido en su rostro, que, de golpe, asume una expresión traviesa y astuta en ese momento. Observa a la gente que está sentada a más de la mitad de distancia de la anchura del castillo. Enervados por la calurosa tarde, parece que no se ha movido ni un alma y que nadie le está prestando atención alguna. Se agacha y desata los nudos de la cuerda con movimientos rápidos; después se sube al bote y comienza a remar apresuradamente. Unas cuantas brazadas fuertes lo llevan a bordear un pequeño promontorio que está fuera de la vista de los terrenos del castillo. Sonriente, con una mirada casi picara, continúa remando con brazadas fuertes y regulares.

En poco tiempo está lejos de la tierra, solo en su bote en mitad de una prácticamente incolora extensión de aguas tranquilas. Hay alrededor de otros doce pequeños botes dispersos por el lago. Están bastante lejos de él, pero le alegra que estén porque, de ese modo, su bote pasará más desapercibido desde la orilla. No hay brisa, hace mucho bochorno, el aire resplandece por el calor. El sudor resbala por la cara de Marcel pero no le importa; mostrando aún su sonrisa traviesa se quita el sudor de los ojos y continúa remando. Sus brazos desnudos, bronceados y musculosos, reman a un ritmo infatigable. El hombre que no podía dar con la energía necesaria para jugar un partido de tenis, ahora es feliz surcando el cegador brillo acuoso, satisfecho con su propia fuerza.

Ha atravesado mucho más del lago de lo que esperaba, pero dentro de muy poco la costa francesa estará notoriamente más cerca; puede distinguir ya las ventanas de las casas, las siluetas

humanas, y después verá moverse los perros y las gallinas. Rema en paralelo a la orilla durante un tramo buscando un lugar apartado donde desembarcar; cree que será más inteligente no hacerlo en un pueblo, donde puede ser interrogado de inmediato. No ha preparado aún ningún plan de acción. Hasta ahora ha estado concentrado únicamente en el esfuerzo físico y en la euforia que siente por su hazaña personal.

Acaba de encontrar el lugar en el que amarrar: una playa curvada, como una bahía diminuta, que está fuera de la vista de todas las viviendas, con laderas de hierba verde que se elevan abruptamente hacia arriba. Acerca el bote a la orilla pero no hace intento alguno de desembarcar. Se sienta, muy quieto, mientras el agua arrastra los remos y el sudor se le seca lentamente en la cara, que, en ese momento, parece adquirir una expresión de incertidumbre. ¿Por qué duda? Todo lo que tiene que hacer es encallar el barco, saltar de él y subir la ladera hasta llegar a su tierra. Es cierto, no tiene pasaporte y solo posee algunas monedas de insignificante valor en sus bolsillos; aun así, sería libre y estaría seguro entre sus compatriotas. Lo único que tendría que hacer sería explicar su situación a alguien con autoridad y todo se arreglaría satisfactoriamente: una llamada de teléfono lo conectaría con París, pagarían su billete de tren por adelantado y a la mañana siguiente estaría en casa.

Sí, todo parece muy sencillo, y aun así no se atreve a bajar del bote. ¿Qué es lo que le impide saltar a tierra? ¿Qué es lo que le dice que es más seguro no pensar, permanecer confuso, no darse cuenta de nada? Débilmente, a través de una bruma de irrealidad, se imagina a los gendarmes, las preguntas, sus miradas significativas. Pero todas esas cosas son muy lejanas, muy remotas, imprecisas. Mejor no pensar en ellas, mejor no ponerlas a prueba, mucho mejor no arriesgarse a realizar alguna.

Además de la sonrisa, de su cara han desaparecido toda la malicia y la efervescencia. Ahora parece mucho mayor, agotado y abatido. Le ha abandonado el espíritu. Se siente muy cansado. Lentamente, con poca energía, exhalando un suspiro profundo, con la mirada vacía y desconsolada, agarra los remos y retoma el laborioso camino de vuelta hacia la otra orilla.

VIII

En la clínica, como en el cielo, hay muchas mansiones. Los peores casos, aquellos que requieren más supervisión, están alojados en una casa llamada «La Pinéde» que está a cierta distancia del edificio principal. Volutas de metal custodian las ventanas de esa casa y solo hay una puerta exterior cerrada con llave. Siempre hay un asistente de guardia para abrir y cerrar la puerta cada vez que alguien necesita pasar por ella.

La ayudante está sentada en una habitación pequeña, blanca y desnuda, como la celda de una monja, justo a la izquierda de la puerta. Esta mañana está de guardia una chica bastante joven. Es brillante y tiene un aspecto agradable con su uniforme extraordinariamente limpio; ha colocado un ramo de flores sobre la mesa, a la que se sienta con su gramática inglesa, su cuaderno y su lápiz. Es laboriosa, aspira a salir adelante en el mundo, y estudia su libro muy concentrada. Sin embargo, encuentra tiempo para mirar de forma ocasional el ramo de ciclámenes salvajes que recogió ayer en el bosque con un joven en el que está interesada. Todo en ella es normal, alegre, sereno. Resulta difícil asociar a esa alegre muchacha con la infelicidad que se esconde bajo ese mismo techo.

Escucha unos pasos que se acercan y sale a la entrada.

Hay una dama inglesa de mediana edad esperando a que le abran la puerta. Es bastante alta, bastante grande, y lleva un vestido de punto malva que se adhiere a su sólida figura. Su cabello descolorido está circundado por una banda de tul marrón que le da un aire que, de alguna manera, se las ingenia para impactar y resultar un tanto cómico al mismo tiempo. Tiene una apariencia intensamente respetable e intensamente reservada, típica en ciertas mujeres inglesas anticuadas que viven en el extranjero. Uno esperaría encontrársela en una pensión en Mentone, preparando el té en su habitación con una lámpara de alcohol, o quizá pintando pequeñas y precisas acuarelas con una gran cantidad de azul ultramarino. Hoy es uno de sus días buenos. No hay nada en su apariencia que deje entrever sus estados de ánimo suicidas y depresivos, que son el motivo por el que está en «La Pinéde».

«Buenos días, señorita Swanson», dice en un cuidado inglés la sonriente ayudante mientras abre la puerta.

La señorita Swanson le responde, le sonríe de un modo distante

y sale al sol. En contraste con las sombras del interior la luz cegadora supone un golpe, y se detiene para sacar las gafas de sol que lleva en el bolso. Frente a ella, en mitad de la carretera privada y asfaltada, hay una deliciosa extensión redonda de cannas; detrás, a derecha e izquierda, está el pinar del que la casa toma prestado el nombre. Cuando se ha puesto las gafas, la señorita Swanson despliega una sombrilla de lino con rayas verdes y recorre despacio la mitad de la carretera que se dirige tanto al edificio principal como a los talleres, que precisamente son su objetivo.

Mientras se dirige hacia allí, a cierta distancia ya tiene una idea clara de lo que está ocurriendo. De tanto en tanto y a intervalos irregulares, solas o en pequeños grupos, de la casa blanca con balcones emergen siluetas que caminan en dirección al taller. Todos ellos, al pasar, se detienen unos segundos junto a una solitaria figura femenina que está bajo unos árboles; lleva un alegre vestido veraniego y parece tener alguna noticia que está comunicando a cada uno por turnos.

La mujer de las gafas de sol observa este proceso atentamente, arrugando el entrecejo tras los cristales oscuros. La contracción de sus ojos parece mostrar ansiedad o desaprobación, quizá incluso ambas. Acelera el paso.

Pronto se encuentra lo suficientemente cerca como para hablar con la chica, que ahora está sola, medio sentada en una tabla de hierro bajo los árboles. Tiene huesos pequeños, es delgada y su cuerpo parece tan inmaduro que en un primer vistazo se la tomaría por una niña de unos quince años; cuesta creer que esté casada, en realidad. De repente, le grita a su amiga:

«¡Mi marido ha venido! Está ahora con los médicos. En cuanto acabe con ellos me va a llevar a pasar el día fuera». Salta y agarra del brazo impulsivamente a la señorita Swanson, agitando su pelo suave y esponjoso, y exclamando: «Te dije que vendría, ¿verdad? No me creíste pero ya lo ves, ¡tenía razón todo este tiempo!» Ladea su cabeza y se ríe vagamente observando a la señora mayor, que, a su vez, baja la vista con seriedad para mirar ese rostro bonito, infantil, indisciplinado, que parece no casar por completo con su mentón hundido y sus grandes y algo saltones ojos azules.

«Me alegro por ti, Freda», dice evasivamente.

El tono indiferente decepciona a la otra, que se enfada y se

distancia de ella, malhumorada, dejando un espacio entre ambas.

«No pareces contenta», se queja en un tono ofendido.

La señorita Swanson se acerca a ella y le da un toquecito en el hombro.

«¡Por Dios bendito, niña, qué delgada estás!», murmura para sí, sintiendo sus huesos bajo las inadecuadas ropas de seda y carne. Un instinto maternal frustrado en ella se ha aferrado a esa chica, su compatriota, que como ella está en el exilio, prácticamente una prisionera en ese lugar tan infeliz. Se siente posesiva y protectora respecto a Freda; siente celos de todo aquel que se interponga entre ellas. «Me alegro de que estés feliz, por supuesto», continúa. «Pero tengo miedo de que las cosas sean después peores para ti, miedo de que te sientas más sola que nunca cuando tu marido se haya ido».

«¡Pero no se va a ir!», grita Freda, triunfal. «Va a quedarse en el hotel junto al lago».

«Aun así, en algún momento tendrá que volver a Inglaterra».

«Entonces me llevará con él, lo convenceré, ya lo verás. De todas formas, ahora estoy bastante bien».

Su rostro infantil es todo risitas y la señorita Swanson no tiene agallas de negarle una sonrisa de vuelta. Pero no dice nada y, además, en ese momento, ha de ahorrarse sus palabras puesto que el señor Rushwood aparece en los escalones de la clínica. Es mucho mayor que su mujer, quizá le doble la edad, el último hombre sobre la faz de la tierra con el que se esperaría que ella estuviese casada, puesto que tiene un rostro serio, represivo, casi rígido, austero bajo su pelo gris. Se acerca con frialdad, bajo el sol, con unos andares un poco tiesos debido a una vieja herida de guerra en su pierna derecha. Freda le presenta a su amiga y él sonríe como un colegial, sin calidez alguna. También su voz es como la de un maestro o un clérigo, autoritaria y fría.

«¿Y bien? ¿Qué han dicho los médicos? ¿Te han contado lo buena que he sido?»; pregunta Freda aferrándose a su brazo y sonriéndole.

Pero él, sin responder a la pregunta, le recomienda ir a coger su sombrero y su bolsa puesto que el coche llegará en cualquier momento.

Ella sale corriendo como una chiquilla dócil y los mayores permanecen juntos, bajo la sombra del árbol. Ninguno habla. El

señor Rushwood se queda tieso junto a la mesa, con un rostro ajeno a toda expresión. Está preocupado, y también un poco avergonzado por haber sido abandonado junto a esa extraña que, aunque su apariencia sea bastante convencional, podría mostrar en cualquier momento una perturbadora excentricidad. La señorita Swanson lo examina con una mirada que, pese a todo, tras el disimulo de las gafas de sol, es lo suficientemente inteligente. No parece tranquilizarle su aspecto. Abre inmediatamente la sombrilla que había cerrado durante su conversación con Freda y comienza a marcharse. Pero entonces, un impulso repentino, muy extraño para su contenido corazón de solterona, la hace volver y dirigirse al autoritario hombre:

«Señor Rushwood, ¿me permitiría decirle algo que en realidad no tengo ningún derecho a decirle? Podría replicarme que el futuro de su mujer no es asunto mío y yo le respondería que lo único que me invita a interferir en sus asuntos, que no me incumben, es el tremendo y genuino afecto que le tengo. He llegado a conocer muy bien a Freda durante las últimas semanas; ella ha confiado en mí y entiendo su carácter. Quizá, discúlpeme que se lo diga, la entiendo mejor de lo que la entiende usted. Desconozco, por supuesto, qué planes tiene para ella, señor Rushwood, pero le pido encarecidamente que considere muy cuidadosamente si este es el lugar adecuado para ella, si no sería mejor llevársela de aquí, un ambiente en el que siempre se siente sola y triste, donde está abocada a ver y a escuchar cosas que le resultarían traumáticas a cualquier chica joven, y mucho más a una chica tan sensible y tan nerviosa como ella. Si cuando se marche la deja aquí, tengo miedo de lo que le pueda pasar. Tengo miedo de que se le rompa el corazón».

Esta es la demostración del amor de la señorita Swanson, que es capaz de acelerar el curso de las cosas, tan opuestas a sus propios intereses, puesto que su existencia, sin Freda en la clínica, perdería su último reducto de valor.

La incomodidad del visitante ha ido creciendo durante el largo discurso que, aunque pronunciado en una voz perfectamente calmada, ha impactado en él como si estuviese cargado por alguna peligrosa emoción. Muestra algún signo de emotividad, por primera vez, mientras con una expresión, medio irritada medio aprensiva,

mira como si buscase ayuda. «¡Esto es insoportable!», piensa, indignado; «¿por qué no viene alguien y se lleva a esta mujer de aquí?» Pero no hay nadie a la vista y se ve obligado a contestar:

«Mi querida señorita, incluso aunque considere que no entiendo en absoluto a mi mujer, al menos debería aceptar las opiniones de los médicos»; empieza de un modo frío justo en el momento en que ocurren dos cosas al mismo tiempo, que lo salvan de una vergüenza posterior: un coche toma la curva de la carretera privada y Freda atraviesa corriendo la puerta de la clínica y se precipita escaleras abajo.

Dirigiéndole a su compañera el más breve de los saludos, Rushwood se acerca al coche en el que la joven está ya esperando. La señorita Swanson mueve lentamente su mano en respuesta al pañuelo ondeante de Freda. Observa cómo el coche se aleja y después, totalmente desanimada, camina de vuelta al taller y a la pantalla que está decorando con motivos florales. Ya sabe que su día será deprimente.

Para Freda, por el contrario, las horas vuelan cual pájaros felices. Como una niña que acaba de volver del internado a pasar las vacaciones, quiere verlo todo, hacerlo todo de inmediato. El pequeño pueblo junto al lago es un paraíso para ella; corre a toda velocidad de una tienda a otra, comiendo pasteles y chocolates, comprando baratijas absurdas, hablándole a su marido todo el rato, cuya actitud corresponde más a la de un padre que es al mismo tiempo indulgente, distraído y, de algún modo, impaciente. A la hora de la comida, en la terraza del hotel, no lo soporta más y critica duramente a la joven por su indecoroso comportamiento que, eso cree él, está atrayendo la atención de la gente de alrededor. Freda está desanimada y apagada durante unos minutos, pero se le olvida pronto la reprimenda y vuelve a reír y a hablar tan inconteniblemente como antes.

Al marido se le está acabando rápidamente su reserva de tolerancia. Esto se añade al enfado que le genera el hecho de que los camareros tomen a Freda por su hija y que se dirijan a ella como *mademoiselle*. Está cansado y preocupado, le empieza a doler la pierna y es incapaz de ver algo más allá de las faltas de comportamiento de Freda. Le parece que su irresponsabilidad infantil y su exuberancia serán menos notorias en el barco.

Desde el punto de vista del marido, la tarde es más satisfactoria que la mañana. En primer lugar, sin duda su mujer está entusiasmada con el barco, va corriendo de un lado a otro, apoyándose con entusiasmo sobre el pasamanos del muelle para ver embarcar a la gente y lanzando luego pan a las gaviotas que, misteriosamente, siguen al barco como estelas blancas, tan lejos de cualquier mar. Pero hacia el final del viaje ella se vuelve más callada y se sienta junto a él en el banco de madera, con su mano enroscada cariñosamente entre sus dedos. Él extiende el abrigo sobre sus rodillas para que nadie pueda ver que le está dando la mano.

A la hora de la cena recupera su energía febril. Es una noche fresca, por lo que en vez de cenar en la terraza lo hacen en el comedor. Sus grandes, brillantes y prominentes ojos observan rápida y traviesamente las mesas, mientras que su voz infatigable y aguda hace comentarios sobre los comensales. Rushwood se ve obligado a reprenderla de nuevo:

«De verdad, Freda, te estás comportando como una colegiala maleducada. ¿No te das cuenta de que hacer comentarios personales no solo no es entretenido sino que también es desagradable?»

«Pero ellos no entienden lo que decimos…»

El dejo de enfado casi inaguantable, resonando a través del deliberado tono tranquilo con el que él ha hablado, penetra en su corazón de niña como una cruel aguja de hielo. Le cambia la cara por completo, le tiembla la boca y las lágrimas, las repentinas y desesperadas lágrimas de una niña dolida, rebosan en sus ojos.

«Está bien, está bien, no hay por qué llorar», dice apresuradamente, amedrentado por montar una escena.

Afortunadamente, el camarero le concede un descanso trayendo un helado. Rushwood apoya su mandíbula en sus manos y observa, al otro lado de la mesa, a la joven, que está ahora concentrada en la sustancia rosa y congelada de su plato. Se llena de amargura. Aunque es de naturaleza fría e insensible, no es un hombre particularmente desagradable y no le desea ningún mal a su mujer; simplemente, es incapaz de mostrar empatía o tolerancia hacia ella. Su amargura se debe al destino, que lo ha utilizado de un modo tremendamente malvado. No entiende por qué se le inflige este

castigo tan desproporcionado por haberse enamorado en su momento de una cara bonita. «Pero ¿quién podía imaginar que terminaría así?», recapacita, agotado. Se alegra de que la cena haya terminado y de que el largo y complicado día llegue a su fin, de que sea la hora de devolverla al cuidado del médico.

El coche les espera fuera del hotel. Él está profundamente aliviado porque Freda no ponga objeción alguna a volver a la clínica. Agradecido, se mueve más cariñosamente hacia ella de lo que ha hecho en todo el día; en la oscura privacidad del coche, él le toca la mano.

«No llegaste a enseñarme tu habitación del hotel», exclama de repente mientras empiezan a subir la empinada y curvada carretera desde el lago.

Ha llegado la hora, el peligroso momento que tanto teme. Pero cuando ve las luces de la clínica sabe que está salvado.

«Me temo que no puedo quedarme», dice finalmente. «Tengo que volver a la oficina. En estos momentos me resulta muy difícil marcharme, aunque sean solo unos días».

Hay un silencio mortal en el coche. Incluso él, tan poco imaginativo e introvertido como es, percibe el peso del silencio. «¿Por qué no dice nada?», se pregunta, mirando de cerca la blancura de su cara. El coche toma la última curva con brusquedad y lanza el cuerpo de ella contra el de él.

De repente, le agarra de los hombros con ambas manos; a él le sorprende la fuerza de sus dedos y nota cómo las puntas de estos agarran su carne a través de su chaqueta y su camisa.

«No puedes dejarme aquí… ¡Tienes que llevarme de vuelta contigo!», grita estridentemente contra su pecho.

«Freda, intenta ser razonable. Sabes muy bien que no puedo hacerlo, que los médicos dicen que debes quedarte aquí por ahora».

Intenta desembarazarse de sus dedos pero no acierta a cogerla de las manos que, como golondrinas desesperadas, están golpeándolo, agarrándolo de la manga, de las solapas, de la corbata e incluso de la cara. No puede hacer nada más que defenderse, en silencio, de los golpes que le está propinando; sus oídos han ensordecido, horrorizados, por los agudos, interminables e incoherentes lamentos que llenan el interior del coche.

Acaban de llegar a la entrada de la clínica. El chófer abre la

puerta del coche y mira al interior y, en cuanto lo hace, cierra nuevamente la puerta y murmura: «Un momento, señor». No parece en absoluto sorprendido por lo que ve dentro del coche: está habituado a esas cosas, probablemente. Vuelve casi de inmediato con dos enfermeras: «Si puede salir, señor, será lo mejor», le dice al confuso marido, de un modo eficiente y prosaico.

Las enfermeras se preparan para sujetar a Freda en caso de que intente detenerlo. Sin embargo, como si al ver a la autoridad hubiese perdido, automáticamente, toda esperanza, ya ha cesado de protestar, ha dejado de agredirle y está en una esquina, acurrucada, sumisa, blanda como una muñeca, mientras las lágrimas le corren por las mejillas.

El señor Rushwood sale del coche, con movimientos mecánicos, mientras se arregla la vestimenta. El coche desaparece rápidamente.

«¡Serás tonta!», le dice una de las enfermeras, bastante amablemente, a la sollozante muchacha. «Esto hará que te quedes en “La Pinéde”».

Llegan a la casa en el pinar y esperan a que les abran la puerta. La mujer de blanco sostiene a Freda, que está llorando y temblando tan violentamente que apenas puede tenerse en pie. Se enciende una luz sobre la puerta, lo que revela su brillante rostro lleno de lágrimas, como si acabase de salir del agua. El chófer observa con un aire imparcial mientras los tres entran y la puerta se cierra tras ellos.

En la entrada, que está vagamente iluminada, alguien aparece de entre las sombras y se acerca al grupo. Es la señorita Swanson, que ha esperado pacientemente este momento durante mucho tiempo. Lleva ahora un vestido de punto azul de exactamente el mismo estilo que el malva que llevaba ese mismo día; se acerca a la joven, ignorando por completo a las enfermeras, y la envuelve en un abrazo compasivo y triunfante.

EL FINAL ESTÁ A LA VISTA

Hace tres días recibí la notificación oficial de mi condena; tres días que han pasado como sombras, como sueños.

La carta llegó por correo ordinario en el reparto vespertino. Curiosamente, esa tarde me sentía más alegre de lo que me había sentido en mucho tiempo. Brillaba el sol, era un día tranquilo y encantador, uno de esos días prematuros de primavera que llegan a veces para darnos ánimos hacia el final de un largo y duro invierno. El fantástico clima hizo que decidiera salir; parecía realmente deshonroso quedarme encerrada en casa, con mis preocupaciones, cuando ahí fuera el mundo estaba lleno de luz y de vida. Caminé por el campo en dirección al bosque de la colina. Este siempre ha sido mi camino favorito y mientras lo recorría me sorprendió pensar en cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo había transitado, y en cómo habían mudado mis hábitos, en cómo había cambiado yo desde que empezó el caso contra mí.

Los colores del paisaje parecían puros, como lavados y verdaderos, bajo aquella luz transparente y tranquila; en los setos habían aparecido, por aquí y por allí, nuevos y vividos brotes, como llamas distantes; las ramas de los árboles estaban como nevadas de capullos purpúreos. Sin duda importunados por mis pasos, desde el viejo tejo de la ladera emergieron con su silencio extraño y su vuelo seguro dos búhos marrones, a los que observé como si fuesen viejos amigos. Caminando de vuelta a casa tomé la decisión de salir más a menudo, de no quedarme entre cuatro paredes pensando sin descanso, sino sacar el máximo provecho posible a la naturaleza e identificarme con objetos inanimados, puesto que ellos no suponen una amenaza para mí.

Oh, ¡si hubiese sabido lo que iba a encontrarme al salir por la puerta! Pero no hubo ninguna premonición que me avisase de lo

que estaba a punto de llegar, más bien al contrario. Como he dicho, me sentía más optimista de lo que me había sentido desde Dios sabe cuándo. Recuerdo que mientras cruzaba el jardín desde la verja del campo estaba pensando en un hombre llamado David P., al que había conocido poco tiempo antes; un hombre que estaba en la misma situación que yo, a la espera del resultado de su caso, y cuyo comportamiento, callado y valiente en esas circunstancias de estrés casi intolerable, había despertado mi admiración. «¿Cómo te las arreglas para estar tan tranquilo todo el tiempo?», le pregunté, creyendo en parte que poseía cierta información de dentro o que quizá tenía alguna influencia en el estamento oficial. Y subrayé también el hecho de que él era el único, de entre todos los acusados que conocía, que tenía una expresión relajada, casi feliz.

«Oh, bueno, uno no gana nada preocupándose, ¿verdad?», me contestó. «Puedes estar segura de que todas las preocupaciones del mundo no van a afectar a nuestro problema. De hecho, me inclino a pensar que cuantas menos vueltas le demos a nuestros casos, mejor. Si uno confía en su psicólogo puede dejarlo todo tranquilamente en sus manos. Y en cuanto a lo de parecer alegre, aún queda mucho en esta vida que podemos disfrutar. El gran secreto, en mi opinión, es concentrarse en aquellas cosas que no nos pueden robar: el pasado, por ejemplo, los árboles, la poesía…» Por supuesto que había pensado a menudo en aquella conversación, pero solo entonces —y qué irónico que me diera cuenta justo en este momento— me percaté de la utilidad personal de lo que David había dicho.

Entré en casa con estos pensamientos ocupando mi mente. Había llegado el correo de la tarde y las cartas aún estaban tiradas en el suelo, justamente donde habían caído cuando el cartero las había deslizado por la ranura de la puerta. Me agaché para recogerlas. Al principio parecía que no había nada de interés, solo una circular y una o dos facturas o recibos. Pero entonces, medio escondido en un catálogo de bombillas, vi el sobre oficial azul pálido y noté la rigidez familiar del papel en la mano, y se me aceleraron los latidos del corazón.

Hasta ese momento no tenía ninguna sospecha de lo que la carta podía contener. De tanto en tanto, desde que había comenzado mi caso, estos documentos azul pálido habían llegado a mí, en ciertas ocasiones con un formulario para rellenar, otras veces con un

mensaje ambiguo o con un extracto de algún libro azul incomprensible y yo, ignorante, la tomé por una comunicación de ese estilo. Incluso cuando ya había rasgado el sobre y había leído el papel, no entendí el significado de las palabras en un primer momento.

«No puede ser verdad, alguien me está gastando una broma», pensé, mientras la impronta de las frases comenzaban a penetrar en mi mente lentamente. «Seguro que esto no lo hacen así, por correo, de un modo tan informal. Seguro que, al menos, mandarían a alguien, a un mensajero». Pero entonces una vibración curiosa, como la del agua que corre, pareció irradiarse por las paredes, como si estas se juntasen, como si supiera muy bien, aunque inconscientemente, que la carta no era una broma; me alegré de estar sola en la entrada, donde solo las paredes podían verme la cara.

Eso es lo que ocurrió hace tres días. Desde ese momento el tiempo ha pasado a un ritmo irreal. A lo mejor hoy, a lo mejor mañana, me asestarán el último golpe; sé que tengo como mucho una semana, diez días. ¿Cuál es el comportamiento correcto para alguien que está condenado? ¡Las autoridades nunca me han enviado un folleto con la información que necesito! A veces me siento casi aliviada de que todo haya acabado, de que el suspense se haya terminado por fin. En otras ocasiones, me parece que soy casi incapaz de percatarme de que es el final. Miro los olmos en los que los numerosos capullos han desarrollado unas suaves flores moradas y parece increíble que no vaya a ver siquiera crecer las hojas, tan grandes como las orejas de los ratones. No, no, es simplemente absurdo, no puede ser verdad… Es otra persona la que ha recibido la fatal notificación azul pálido, quizá David él sabría cómo comportarse en estas circunstancias; él soportaría con filosofía y fortaleza la sentencia que yo ni siquiera soy lo suficientemente valiente como para contemplar.

Todo el tiempo soy consciente de que hay un corazón que me late en el pecho, fuerte y resueltamente, y que bombea la sangre por mis venas. En cierta ocasión leí que cuando la sangre es poco espesa significa que quiere volver por donde ha venido. Pero mi sangre no es fina, mi sangre no quiere emprender la retirada. ¡La insoportable reticencia de la sangre que no quiere replegarse!

Cuántos de aquellos que murieron en el cadalso debieron sufrir ese horrible castigo que no ha sido corroborado por ningún código penal.

Ayer por la tarde me quedé tumbada en el sofá de mi salón. La noche anterior apenas había dormido y sentí que debía descansar un poco. Pero apenas había apoyado la cabeza en los cojines cuando una voz pareció gritarme al oído: «Qué, ¿vas a malgastar una hora con los ojos cerrados cuando quizá esta sea la última hora que tengas para ver cosas?»

Me levanté de un salto y, como una demente, como alma que lleva el diablo, corrí por las habitaciones de la casa, por el jardín y por el campo, forzando la vista para apreciar cada detalle, para grabar en mi mente la imagen de todas esas cosas que dentro de muy poco se me van a ocultar para siempre. Más tarde, casi exhausta, entré a tomar algo en la taberna, pero en cuanto tuve el vaso en la mano sentí el impulso de tirarlo, reacia incluso a borrar con una simple gota de alcohol la punzante visión de lo que podría ser la última escena que quizá viese en mi vida.

Allí había gente a la que conocía. Se reían y hablaban entre ellos sobre el incipiente verano y sobre lo que harían en los largos días por venir. ¿Cómo podía quedarme allí y escuchar su charla sabiendo que mientras ellos llevaban a cabo sus planes, organizados tan descuidadamente, yo estaría lejos de toda actividad? ¿Y cómo puedo quedarme en casa, por otro lado, contestando las preguntas del jardinero sobre semillas para el verano y escuchando la cháchara de mi niña pequeña, que desconoce lo que me está ocurriendo, y que también me habla del futuro, del verano y de lo que haremos juntas?

Pasan las horas, algunas lentamente, otras como suspiros, pero cada una de ellas me lanza inexorablemente más cerca del final. Incrédula, veo las horas pasar sin esperar ninguna prórroga. «Entonces, ¿nadie va a hacer nada?», quiero gritar. «¿No va a ocurrir nada que me salve? No pueden permitir que me destruyan de esta manera. Debe llegar un mensaje que me diga que todo ha sido un error. Alguien tiene que hacer algo».

Pero nadie de mi entorno sabe lo que está ocurriendo. Solo el perro parece notar que no todo me va bien. Y cuando justo ahora, incapaz de soportar mis sufrimientos en silencio por más tiempo, le

he susurrado: «Oh, Tige, pronto tendré que dejarte, esto tan horroroso está a punto de sucederme, nada me va a salvar», he visto, en sus brillantes ojos marrones, una penumbra de lágrimas.

NO HAY FINAL

> ¿A dónde me alejaré de tu espíritu?
> ¿A dónde huiré de tu presencia?
> Si asciendo a los cielos, allí estás.
> Si en el infierno hago mi lecho, allí estás.
> Si tomara las alas del alba, incluso allí estaría tu mano para guiarme.

Llevo días sin poder pensar con claridad. Me resulta difícil recordar, pero supongo que esas palabras las escribieron sobre Jehová, aunque podrían aplicarse perfectamente a mi enemigo, si es que puedo llamarlo de esa manera.

«Si en el infierno hago mi lecho, allí estás». Esa es la frase concreta que retumba en mi cabeza con un acierto horroroso, porque es verdad que he construido mi cama en el infierno y que él está allí conmigo. Él está cerca todo el tiempo, aunque no lo vea. Solo a veces, muy temprano por la mañana, antes de que haya luz, parece que consigo ver la mitad de una cara familiar mirando por la ventana; pero siempre se aparta tan rápido que no me da tiempo a reconocerla. Y solamente una vez, una tarde, se abrió de repente un poco la puerta de mi habitación y alguien observó por entre el hueco, miró dentro y después se esfumó rápidamente fuera de mi vista, por el pasillo. Quizá era él.

¿Por qué no me quita el ojo de encima ahora que ha logrado su propósito y que ha provocado mi destrucción? No puede ser para asegurarse de que no me escapo; oh, no, no es en absoluto posible, no debe de tener el más mínimo miedo. ¿Es solo para regodearse de mi ruina? Pero no, no creo que ese sea el motivo tampoco, porque, si así fuera, vendría más a menudo y en momentos que fuesen más

humillantes para mí, como cuando me hallo en mi desesperación más absoluta.

Por las veces que he conseguido ver algo de su cara, tengo la impresión de que no tiene una apariencia vengativa sino más bien semejante, casi como si estuviéramos íntimamente relacionados por alguna similitud de mente o de sangre. Y últimamente me ha sobrevenido la idea —lo suficientemente fantástica, lo admito— de que después de todo, probablemente, no sea mi enemigo personal sino una especie de proyección de mi persona, una personificación de mí misma con la crueldad y destructividad del mundo. ¿En un planeta en el que hay tanto conflicto natural no sería posible que existiese, en algunos individuos, una arrolladora afinidad entre la frustración y la muerte?

He pensado mucho sobre estos temas últimamente, aquí sentada mientras miro por la ventana. Por muy extraño que parezca, en este lugar hay ventanas sin rejas y puertas que ni siquiera están cerradas. Al parecer, no hay nada que me impida salir cuando quiera, si en algún momento lo siento así. Pero aunque no haya una barrera visible, sé muy bien que estoy rodeada de paredes invisibles e infranqueables que se elevan hasta las más altas cúpulas del cénit, y que se hunden muchos kilómetros por debajo de la superficie de la tierra.

Así que el destino, tanto tiempo esperado, por fin ha dado conmigo, el final sin final, el discreto triunfo del enemigo que, después de todo, resulta ser tan próximo como un hermano. Ahora mismo me parece que me he pasado toda la vida en esta habitación estrecha cuyas paredes seguirán observándome en secreto durante interminables existencias. ¿Es la vida, entonces, o es la muerte la que se prolonga como un arroyo incoloro detrás y delante de mí? Aquí no hay amor, ni odio, ni lugar alguno donde se acumulen los sentimientos. En este lugar sin nombre nada parece vivo, nada está cerca, nada es real; me persigue el aroma del polvo esparcido con la lluvia del verano.

Al otro lado de mi ventana hay un jardín por el que nunca camina nadie; un jardín sin estaciones del año, pues todos los árboles son perennes. En algunos momentos del día puedo escuchar el estrépito de los pasos en los caminos cubiertos de cemento que cruzan el césped, pero el jardín siempre está desierto, dispuesto

para la apreciación fortuita de los extraños, o para la remota y solitaria contemplación de unos ojos igual de derrotados que los míos. En ese jardín impersonal, todo pulcritud y vacuidad, no hay ningún cenador donde los amigos puedan demorarse, sino solo caminos de cemento sobre los que la gente camina apresuradamente, ajena al cantar de los pájaros.

Helen Woods (Cannes, 1901 - Londres, 1968), conocida como Anna Kavan, fue una escritora inglesa.

Helen Woods, conocida por Anna Kavan, nombre que adoptó legalmente tras una crisis mental, nació en Cannes en 1901 y murió en Londres en 1969. Hija de padres británicos fue educada entre Europa y Estados Unidos. Su padre se suicidó cuando la autora era todavía adolescente. Viajó a Birmania en donde comenzó a escribir novelas y relatos de una singular belleza y profundidad. Contrajo matrimonio en dos ocasiones y perdió a su hijo en la Segunda Guerra Mundial. Su exquisita naturaleza la acercó también a la pintura y a las artes decorativas, pero su desequilibrio emocional la obligó a ingresar en dos ocasiones en un psiquiátrico. Hizo varios intentos de suicidio y fue adicta a la heroína los últimos treinta años de su vida. Dejó escritos numerosos relatos y novelas, entre ellas: "*Hielo*", "*Mi alma en China*" y "*Mercury*".